

Fray Lazo

SEMANARIO ANTICLERICAL CORTESMENTE DESVERGONZADO

EDITORIAL REPÚBLICA. Av. Pi y Margall, 18. MADRID

¿QUE OPINION INSPIRA A USTED EL ACTO DE LA CONFESION?



No me inquieta que personas mayores de edad se entreguen a la sugestión, a la superstición o al deporte de la confesión. Si no les atrayera el misterio del confesonario irían—y van también— a exponer sus tribulaciones espirituales al curandero, a la adivinadora, a la echadora de cartas, a la amiga vecina o a la portera confidente. "Descargar el fardo de la conciencia"—como dicen con frase gráfica algunos teólogos—, es una necesidad fisiológica de todos los que tienen una inferioridad moral.

Así la confesión libre en el Estado libre, me parece la fórmula legal más democrática. Sin embargo, el Estado debiera prohibir, debiera con-

siderar como delito la confesión de los menores de edad. Hasta los veintidós años, hasta que se posea derecho ciudadano, hasta que se supone al ser humano en dominio de su libre albedrío, no debiera ser lícito que en nombre de una fe se intente la captación y el amedrentamiento de ninguna conciencia.

Dominio Pérez

La administración de los sacramentos, con la ayuda del miedo del infierno, es el negocio más grande que ha explotado la Humanidad, y del que ha sido banquero la Iglesia.

El tribunal de la penitencia, lavadero público del espíritu, constituye para el penitente un medio de legalizar el pecado, y para el clero un formidable sistema de espionaje y dominio.

La confesión me resulta a veces ridícula, como cuando vi en San Pedro de Roma el día de Sábado de Gloria, cómo daba el cura un cañazo con una larga caña, colocada a su lado, a los que absolvía de pecados que caen fuera de la jurisdicción ordinaria.

Otras veces me parece cruel: cuando la familia introduce la figura trágica del cura a la cabecera del enfermo como heraldo de muerte.

Siempre la hallé antihigiénica: no es nada recomendable estar recibiendo durante un largo rato el aliento del cura.

Para las mujeres es intolerable: en el confesonario se han rasgado muchas inocencias y se han tramado muchos adulterios. Hay que seguir el consejo que daba un gran escritor a las admiradoras que le enviaban postales para que les pusiese un pensamiento: "Mujer, huye del cura".

Carmen de Oyarzun
"Colombine"

Para dar mi opinión en la encuesta—yo, discípulo de Aristóteles y humanista viejo, no debo decir "encuesta"—que publica este semanario "cortésmente desvergonzado"—lo cortés no quita a lo anticlerical, diremos ahora—, tengo que referir el diálogo que tuve en el

Congreso de Ginebra—año 1925—con un discípulo de Freud, celebrísimo doctor vienés que ha obtenido el máximo provecho de lo que aprendiera en clase de Pierre Janet durante su estancia en París.

Le importaba mucho al congresista freudiano el éxito que iba teniendo el psicoanálisis en los países latinos; ponderaba a los italianos y se lamentaba de que en España sólo un reducidísimo número de personas se preocupara del asunto... Y es que ignoraba que aquí se emplea el procedimiento—a "su" modo, claro está que sin interés científico alguno—desde hace muchos siglos. ¡Menudo laboratorio es el confesonario!

La lástima es que como "Dios da narices al que no tiene pañuelo", los "frutos" de la confesión siguen otro derrotero, y seguramente nos convenceremos de ello el día en que, con el voto femenino, pueda "elegir" cada director espiritual de moda doce diputados y treinta concejales ¡por lo menos!

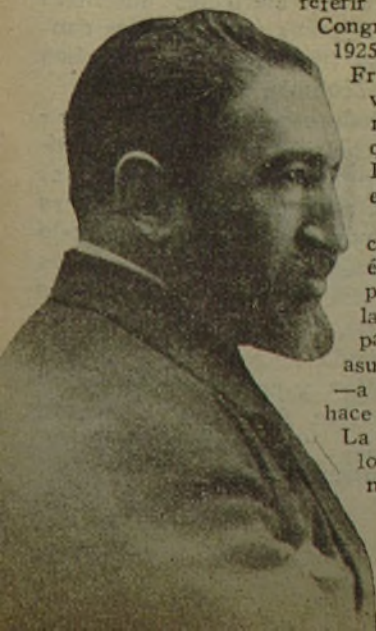
Manuel Hilario Ayuso
Biblioteca Nacional de España

Admitiendo que la conciencia es una voz interior viva y presente siempre en todo ser normal, el acto de la confesión o versión a otra persona de las transgresiones que cometa nuestra alma, me parece superfluo. Uno se confiesa con uno mismo.

Quien oiga siempre en la conciencia los dictados de la justicia inmanente no necesita para nada el control de nadie.

Únicamente admito a la confesión en general, como auxilio, cuando el alma sumergida en el caos de las pasiones pierde el sentido auditorio del propio "yo".

Manuel Fontdevila



Fray Lazo

Año I 27 de Agosto de 1931 Núm. 3

La República está en crisis

¿De quién la culpa?

No lo neguemos, que fuera negar la luz del día. La República está en crisis. ¿Por qué? ¿Por falta de ambiente nacional? No. Muy al contrario. La República—esta República del misterioso Pacto de San Sebastián—se halla en crisis por no acomodarse poco ni mucho al ambiente republicano de la nación. Es decir, que la República está en crisis porque hasta hoy no hubo República.

Existe la inverosímil crisis presente porque, además de no haber República, casi no hay Gobierno. Lo que debió ser ministerio provisional, breve y fecundo, se ha convertido en un Gobierno provisional permanente y por añadidura infecundo. Se ha repetido el caso de Primo de Rivera. Ni actuó como prometía, ni se aviene a consentir que tenga España un Gobierno. Y los discursos, y las notas oficiosas, y el oficialismo, brotan sin nexo alguno con las realidades patrias, con lo que las gentes ven y dicen.

Peor aún. Quería España, necesitábalo a todas luces, un Gobierno de izquierdas, homogéneo, que recogiese todo el espíritu de la revolución y fuera intérprete del sentir republicano colectivo. Y se le impone a España un Gabinete híbrido, apocado, borroso, en que predomina incomprensible aliento conservador, contradictorio con los que fueron axiomas de la contienda contra la Monarquía y con todo lo que son aspiraciones del pueblo.

Y ese casi Gobierno, que no dejará en pos suyo ninguna labor útil recordable, ha sabido, en cambio, poner frente a la República todas las masas de extrema izquierda que habían coadyuvado a derrocar la Monarquía. Más aún. Ese casi Gobierno, que dejó huir a todos los grandes responsables de las dictaduras—para luego decirnos que es injusto castigar a los restantes—ese casi Gobierno, en cambio, no duda en encarcelar a españoles, únicamente porque son huelguistas. Y ese casi Gobierno, que ha prescindido de infinidad de republicanos ajenos a las camarillas, pone de gobernadores, frente a los conflictos sociales republicanos, a personas que trajeron a la Monarquía todo el espíritu reaccionario de las derechas palatinas.

Por si no bastase todo ello para poner en crisis la República, coadyuvan a la tarea unas Cortes lamentables. Las Constituyentes, obra del casi Gobierno provisional, no han sabido percatarse de su propia importancia histórica. Son, en muchos aspectos, Cortes de tercera. Y con la desdicha de que algunas de sus lumbreras máximas—republicanos hechos aprisa—no vean más allá de su propio insigne ombligo, que se les figu-

ra ser el ojo radiante del mismísimo Padre Eterno.

Así, pues, frente a un casi Gobierno, conservador y borroso, hay unas casi Cortes, sin espíritu crítico que atende las consecuencias de aquello. Una muchedumbre de arribistas y conformistas ahoga ese espíritu crítico. Y el casi Parlamento, que hasta hoy no ha servido para legislar, tampoco sirve de contrapeso a un Gabinete que se nombró a sí mismo, que reguló sus propios poderes conforme quiso y que, a última hora, con sus listas electorales, convirtió las casi Constituyentes en un hijuela ministerial. Así, Gobierno y Cortes van dando tumbos por el camino de la incoherencia y la palabrería.

A los cinco meses de República sin República, incluso se arria con artificio la bandera de las responsabilidades, formidable motor espiritual de la marcha contra la Monarquía. Y la nación tiene ya el amargo convencimiento de que todo vino a quedar reducido a palabras y que, ahora también, el crimen de los 15.000 muertos de Annual tiene copiosa legión de solicitos aliviadores. En la falta de crítica, en la bonachonería conformista del ambiente oficial, se destiñe a fuerza de discursos el ansia común de justicia. ¿Quién, fuera del pueblo y de los pocos que lo representan, se hace incompatible con el impunitismo? ¿No se le canta ya en la Prensa, en el Parlamento y en todas partes donde actúa el oficialismo?

He ahí el cuadro. Y ese cuadro es análogo al que presentaba la crisis de la Monarquía. De un lado clases directoras que viven de espaldas al pueblo, deshaciéndose en arrumacos a las derechas reaccionarias y sembrando a voleo *confettis* conservadores; aquí, donde no hay nada que conservar! De otra parte, casi sin Gobierno, casi sin Cortes, casi sin Prensa, el pueblo, ese pueblo que trajo la República y a quien se le ha escamoteado la República en nombre del Pacto de San Sebastián, que sólo ha servido para volver ministros a sus derechohabientes.

Pero las clases directoras—Gobierno conservador, Parlamento y Prensa ministeriales—hacen como hicieron los de la Monarquía. No oyen. Reducen los problemas a palabras. Se juzgan dueños de la verdad revelada. Viven de las ficciones del oficialismo y de la retórica o del silencio cómplice. Y así, la República, sin haber vivido, está en crisis. Y aun amenazada para siempre en su libertad de pensamiento si triunfa ese artículo 26 del proyecto de Constitución, que empeora cien veces, cuanto al libro y al periódico, aquellas normas que tan abominable hacían al Código de los Gallos.

Por dicha, la República tiene lo que desde Sagunto faltó a la Monarquía: pueblo. Y el pueblo sabrá defender siempre lo que es suyo contra los que no han sabido aprovechar el tesoro de con-

fianza que les otorgó, dándoles vía franca y *Gaceta* libre, cuando se atribuyeron el Poder. Sin Gobierno, sin Parlamento, sin Prensa, el pueblo aplastó la Monarquía. Y hoy, casi sin Gobierno, casi sin Parlamento, casi sin Prensa, el pueblo salvará su República, que no es la del Corazón de Jesús, encarceladora de republicanos mientras cambia sonrisas versallescas con el nuncio de Roma.

Augusto Vitero



PARA LOS PREGUNTONES

No sean ustedes curiosos, lectores; no pregunten cuántos ministros impunistas hay en el Gobierno.

Si acaso, contentense con preguntar cuántos son los ministros no impunistas.

Parece lo mismo, pero Berenguer sabe que no lo es.



Cosillas que debió hacer el Gobierno desde los primeros días de régimen republicano:

Dar cortésmente los pasaportes al nuncio y decirle que fuese a contárselo al heredero de San Pedro.

Encarcelar con segura cortesía a Segura y, cuando menos, procesarle con gracia versallesca.

Poner a la sombra, con el mayor respeto, al mugidor P. Música, y con el mismo respeto hacerle una sotana de papel sellado.

Enviar al cuerno, con toda elegancia, a las diversas tribus religiosas acampadas en España, enseñándoles el camino por donde se fué el padre Padilla a donde todos saben.

Por último, incautarse el Estado, con toda reverencia, de los enormes bienes temporales que, en nombre de lo espiritual, afanaron las hormiguitas clericales mientras las cigarras anticlericales cantaban himnos a los Derechos del Hombre ensotonado.

Todo eso debió hacerse; pero, como el movimiento revolucionario de diciembre, se dejó para mejor ocasión. Y es lo más gordo—gordo es todo lo frailuno, ¿verdad, oh sabios de “El Debate”?—, es lo más gordo, decimos, que no se hará nada de eso, dígame lo que se diga y prométase lo que se prometa. Aquí nos conocemos todos. “Jesuitorum infinitus numerus est”.

Asistencia a partos

SANATORIO “SANTA ALICIA”

Director: Dr. Vital Aza. - Madrid

A LA DERECHA...

"A la derecha"...

"A la izquierda"...

"Llevar la derecha"

Estos rótulos, que señalan al viandante en los caminos la dirección que ha de tomar para no perderse, debieran ser también de reglamentario uso para los señores diputados, mejor dicho, necesario adorno del salón de las sesiones.

¿No se han gastado treinta y cinco mil y pico de pesetas en honor del ídem de mayor circulación, pico de oro que, para dorarlo, empleó tan crecida suma?

Un solo discurso del ferroviario Alcalá-Zamora-Alicante y Compañía, el de la apertura de las Cortes Constituyentes, costó al Congreso tan elevada suma; pero al siguiente día, asustado el Gobierno de que se conocieran en España sus tenores, sus jabalíes, sus payasos, y también sus pedantes, cortó el vuelo al nuevo invento, divulgador del perfume parlamentario, y allí se acabó la historia y se acabaron las pesetas.

¿No fuera justo, ya que este agudo caso de narcisismo, de autocontemplación deleitosa, puede ser fatal para el Erario público, que el Sr. Alcalá Zamora se pagara su discurso, y que los rechazados aparatos quedaran tan solo para su privado uso?

Mas entretanto llega este justo acuerdo, por demás cuerdo, justo será pedir, repito, que se coloque en la sala de sesiones una serie igual, o parecida, de elevados postes, a modo de aquellos que se levantan en los caminos para señalar la derecha o indicar la izquierda a los señores caminantes.

"Alivio de caminantes", que diría el valenciano Timoneda.

De este modo, no se daría el diario caso de que los señores diputados se perdieran en la fronda parlamentaria, se desviarán del camino izquierdista, que es el suyo, para descarrilar en la derecha y hundirse en ella; que los del centro chocaran, sin saberlo, contra el muro derechista, o los del llano se estrelaran en la montaña o la montaña se viniera al llano, como deseaba Mahoma al decir a sus adeptos: "Yo no voy a la montaña; que venga ella hacia mí."

Claro está que la tal montaña parlamentaria no levanta un metro sobre el nivel del mar en nuestro modesto Parlamento, el actual, desierto, por lo común, de ideas, pero con el molesto simún de arenosa retórica que envuelve, en oleadas, a los señores taquígrafos.

Una colinilla, holandesa y modesta una, se encarama bajo el reloj y lanza a veces sus modestos rayos desde el Sinaí de terciopelo y caoba. Son los "montagnards", semimiscalistas, semicatalanistas, semiprotestantes, semicalvinistas, pues la calvicie, aun siendo ellos jóvenes, tuvo ya su Ginebra y su Calvino en sus despejados cráneos.

Mas la montaña de estas Cortes no es la gloriosa montaña de la Revolución francesa.

Aparte esta arruga semimontañosa, semivolcánica, que corona la sala de sesiones, queda el campo libre para que los señores de la izquierda bailen el rigodón con los de la derecha, y queden tendidos en la cuneta derechista aquellos raudos



—¿Plaza de la Opera?... ¿Plaza de la Opera?... ¿Será plaza de Fermín Galán!



El padre.—Yo, aquí, llevo una bomba. ¿Y vuestra maternidad?
La madre.—Ya lo ve usted: un bombo.

"autos" que salieron, a 100 por hora, camino de la Meca izquierdista.

Así, pues, colocando esos altos postes, no alegarán ignorancia los que caminen.

Y cuando se les vea fuera del camino, el presidente clamará, iracundo:

—¡Eh!, joven diputado izquierdista que camina hacia la montaña, ¡llevarla derecha! ¡Muy derecha!

O dirá a un viejo monárquico, ahora disfrazado con gorro frigio y de "niña bonita" republicana o de "gloriosa libertaria":

—¡Cuidado con desviarse hacia la izquierda! ¡Llevar la derecha!

El anciano sonreirá nostálgico...

—¡Llevar la derecha! ¡Oh! ¡Eso fué ayer! ¡Oh tiempos!—musitará, entristecido.

Rodrigo Soriano



Las jornadas de Bastos

Un título grande de "A B C": "Las jornadas médicas gallegas".

¿No habrá querido decir el colega: "Las jornadas médicas sevillanas"?

¡Esas sí que son jornadas!

Porque las recetas del maurista Bastos son mortales de necesidad.

Por él sí que puede decirse aquello de "Los yerros del médico los tapa la tierra".

MUNDILLO TEATRAL

Fernández del Villar y Bonafé.

—¡Le tengo unas ganas a ese Canelo!... No hay obra mía de la que no diga que es una estupidez.

—No le haga caso... Carece de ideas propias, y no hace más que repetir lo que oye a todo el mundo.

Ana Leyva y Luisita Rodrigo.

—¿Usted cree en el amor, Luisita?

—Antes de casarme, sí creía.

—¿Y ahora?

—Ahora, como en Dios: me dicen que existe, pero yo no lo he visto.

El el "auto" de Jacinto Guerrero.

—¿Bajo las cortinas, señorita?

—No, no, maestro... ¡Una artista como yo siempre se debe al público...

Ortas y Manolo París.

—¡Hombre, Manolo!... Me había parecido ver a tu mujer ahí, sentada a la puerta.

—¿Mi mujer?... ¿Cuál de ellas?

Joaquín Quintero y Carmen Díaz.

—Y qué, Carmen, ¿te ha gustado Mallorca?

—¡Uy, sí, hijo, sí! ¡Muchísimo!... ¡Qué bonito tóo, qué ambiente, qué espiritualidad... y qué chuletas de cerdo tan ricas se comen en Parmal! No me explico cómo a los ergicios los sacaron d'allí.

En la portería de una de las tiples que descubre Paco Torres.

—¿No será usted el marío, por un casual?

—No, señora.

—¡Yal... Entonces, pué usted subir.

Antonio Navarro y Felipe Sassone.

—¡Es que esa señorita, por lo visto, ha creído que yo soy un perfecto animal!

—No, hombre, Antonio... No tanto. Nadie es perfecto en este mundo.

Isabelita Plaza ha reunciado a figurar en la compañía de la señorita Barrón, porque ésta la imponía que otra dama joven, Cristina Ortega, había de figurar sobre ella.

Isabelita sólo consiente que se pongan encima de ella las compañeras que ella quiera.



¡Trucos, no, señores ministros!

Cuando subsistía la dominación alfoncina, mantenida, como las mujeres públicas, por los vicios de los demás, apenas los informes hablábamos de que debía irse el rey, los del "truco" de entonces nos preguntaban:

—¿Y qué pasará aquí si el rey se va? No es por el rey... Es que no hay quien recoja esto.

Asustando con este "truco" a las gentes sencillas, Alfonso y los alfoncinos han subsistido explotando al país durante muchos años, con la indignación de algunos de los ministros de ahora.

Pero es que ahora los ministros—los monárquicos y los otros—utilizan en su favor exactamente el mismo "truco".

—Nosotros no podemos irnos—dicen—,

porque si nos fuésemos, ¿qué pasaría aquí? ¡Alto, "truquistas", alto!

Hubiera sido de desear que ustedes, los republicanos y los otros, permanecieran mucho tiempo en el Gobierno, porque, gobernando, interpretasen la voluntad del pueblo y respondieran a sus compromisos con la opinión.

Pero, ¡cajones!, como dice Maura cuando se enfada cada seis minutos cabales, ustedes han demostrado una incapacidad casi enciclopédica en el arte de gobernar, y se han traicionado a sí mismos en cien promesas importantes. ¿Es que en la República no hay hombres capaces de regentarla con mayor autoridad que ustedes?

Por lo menos, tendrán la de la novedad.



EL PROBLEMA RELIGIOSO

El problema religioso es el problema de la fe, y ésta no puede decirse que existe donde, en vez de ser trabajo íntimo para crear-nos nuestra verdad interior, es legado de botín de guerra religiosa o limosna de un credo hecho.

Nuestra religión ha solido ser religión de aventureros o de mendigos, con un credo de botín o de limosna.

La Inquisición ahogaba todo trabajo de fe, toda rebusca de verdad propia; impedía que se inquietara a los espíritus. Fué una garantía de nuestra cobardía interior.

Por cobardes fuimos a imponer dogmas a nombre del Dios de los Ejércitos, aprovechándolo para ejercer rapacerías, y, así, para muchos de nosotros el cristianismo fué y sigue siendo una mentira, en que se trata de engañar a Dios y de comprar la salvación con jaculatorias tarifadas, acudiendo para ello a una Banca de descuento de la gloria eterna.

La llamada fe del carbonero nos trae perdidos.

En vez de habernos provisto de la lumbre del Evangelio para abrirnos, a su resplandor, camino a través de la selva del mundo, nos metimos en un carro desvencijado que nos lleva, a oscuras, por caminos que no conocemos.

La religión no debe ser ni almohada para el individuo, ni dique para el pueblo, sino fuente de inquietudes provechosas.

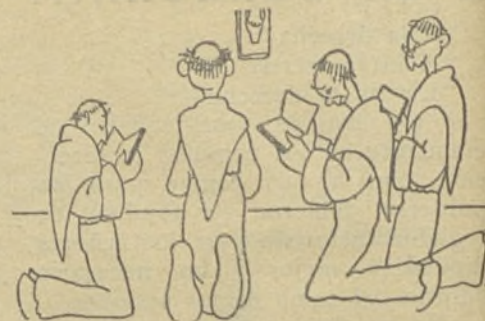
Vale más la inquietud del ángel que el sosiego de la bestia.

Miguel de Unamuno

NECESITAMOS

en diversas poblaciones agentes activos y serios para la venta de artículo acreditado, al contado y a plazos. Unión de Centros Fabriles. Apartado 139, SAN SEBASTIAN.

EJERCICIOS ESPIRITUALES



Ayer...



Hoy...



Mañana.

Jorge y sus orejas

Estamos seguros de que no se piensa consentir que al pobre Jorge se le tire de las orejas. Pero también estamos seguros de que en Barcelona se ha constituido una sociedad para tirar de las orejas a Jorge en determinado número de hoteles.

Se lo advertimos al señor Maura para que salga en defensa del amenazado Jorge.

Y esperamos que el señor Galarza de las oportunas órdenes a sus subordinados para estropear el negocio consabido. ¿Verdad?

La República tiene que ser inexorable con ciertas cosas.



Literatos y embajadores

Se conduce "El Robinsón Literario" de que la República haya hecho embajadores a ciertos literatos, "porque, dicen, así nos hemos quedado sin literatos y sin embajadores".

Según, En lo de los embajadores, mal dito si perdió España. ¡Muy al contrario!

Y en lo de los literatos, la lástima es que se hayan quedado bastantes que debían haber ido de embajadores.

Pero sin billete de vuelta.

Frailecitos y frailazos

Psicología clerical

Leía yo recientemente, en compañía de un amigo italiano, algunas páginas del "Mayorazgo de Labraz", de Pío Baroja: aquellas en que se dibuja, con trazos de aguafuerte, la silueta de un clérigo bárbaro y rollizo, cuya vocación se había revelado—según el autor—desde la más tierna infancia, ya que, siendo muy niño, cuando le preguntaban los mayores: "¿Tú qué quieres ser?", él contestaba siempre, sin vacilar: "Yo, cerdo."

Comentando esta página, me decía el italiano:

—No veo más que "frailazos" en vuestras calles y en las páginas de vuestra literatura. ¿No hay entre vosotros "frailecitos"? En Italia existe todavía, aunque se encuentra en decadencia, el tipo del "frailecito" místico, discípulo del "poverello de Asís", que sueña con la fraternidad universal y la siente latir en su corazón, sin excluir al lobo ni al pedrisco. ¿No se da este caso en España?

Hube de contestarle, un poco avergonzado.

—Si existe en nuestro país algún "frailecito" de esos, estará en el fondo de una gruta desconocida, y, por lo tanto, su misticismo será estéril. En nuestro tráfigo social no hay más que "frailazos". Clérigos entregados por entero a la vida material: cardenales con tres automóviles y cuatro queridas; canónigos de coro y siesta; curas de misa y caza, sin otras inquietudes que las del semental. He aquí nuestro clero. Es muy raro encontrar un clérigo español que tenga alguna idea, por vaga que sea, sobre los fundamentos filosóficos del catolicismo. Las ideas de Santo Tomás de Aquino sobre la necesidad de razonar la fe, cuando uno las expone sin nombrar al autor, son tachadas de hereéticas por la inmensa mayoría de nuestros clérigos. Los curas españoles creen porque sí, como el clásico "carbonero", y al que no quiera creer de este modo, "que lo maten".

—Me parece que se apasiona usted un poco—me interrumpía finamente el italiano.

—Crea usted que no. Y en prueba de imparcialidad le diré que acaso el clero español no tenga la culpa de ser así. Se trata, tal vez, de una fatalidad histórica. La psicología de nuestro clero ha sido moldeada por la fragua troglodítica de la Inquisición. Los curas españoles tienen la costumbre histórica de contestar a los argumentos más sutiles con el chirrido de las llamas. De esta manera murió en flor nuestro Renacimiento—causa fundamental de nuestro atraso, según el alemán Wantoch—, y no sólo nos quedamos sin pensadores libres, sino que el clero, a su vez, dejó de estudiar, ya que no le era necesario. Yo estoy seguro de que nin-

gún clero de otro país ni de otra religión puede dar mayor impresión de cerrilismo que el clero católico de España. Aquí le tiene usted ahora preparando la guerra civil en Navarra, en vez de preocuparse por aliviar cristianamente el hambre de los desvalidos. El prototipo evangélico de estos nuevos "bárbaros del Norte" es el cura Santacruz, que no se saciaba de sangre.

—Si todo esto es así—me dijo el italiano—les será a ustedes muy difícil expulsar a los frailes.

—Difícilísimo; pero absolutamente indispensable para la paz social y el progreso humano de España. Si este Gobierno no es capaz de hacerlo, lo hará el que venga después, aunque para ello fuese necesario expulsar también a los ministros republicanos de temperamento frailuno.

—Pero ¿adónde piensan ustedes exportar a sus "frailazos"?

—Yo creo que lo mejor sería enviarlos al paraíso de Mussolini, para que los "frailecitos" italianos sepan lo que es bueno.

José Antonio Balbonin



LAS FORTUNAS ROBADAS

El Ayuntamiento de Barcelona, en el que figuran varios concejales republicanos, que lo son verdaderamente, se ha dirigido al Gobierno solicitando su autorización para investigar las fortunas de aquellas personas que antes de la Dictadura "no tenían ni un clavo, durante la Dictadura fueron concejales y hoy tienen millones de pesetas".

El Gobierno..., ¡bien, muchas gracias! Algunos ministros se tienen que mirar al espejo y verse la ropa, cuando no tocarse la cartera—la que llevan en el bolsillo—para darse cuenta de que no están soñando y son ministros verdaderamente.

Claro está que el Gobierno no ha contestado al Ayuntamiento de Barcelona. Porque es lo que dice Alborno, ante las frecuentes demandas de la opinión pública defraudada por el Gobierno:

—Pero, ¿es que la gente es tan estúpida que cree que nosotros tenemos espíritu vengativo? Que cada cual viva como pueda...



AL SALIR DEL CONSEJO

—Hemos tratado del problema de las subsistencias.

—¿Y qué?...

—Nada, señores. No hay que preocuparse. El Gobierno subsistirá hasta que me hagan presidente de la República.

LOS JUANETES APRIETAN

Precisa tener la cabeza tan vacía como la tiene ese llamado duque de Goya; digo, de Alba, el estadista que nos descubrió Berenguer—¡otra gran cabeza!—para pensar a estas horas en restauraciones.

Aquí no hay que pensar nada más que en la instauración definitiva de la República; pero no servida por monárquicos—traidores ayer a la Monarquía y hoy a la República—, sino servida por espíritus verdaderamente republicanos, que dé a cada cual su merecido.

Sin embargo—y a lo que íbamos—, el llamado duque de Goya..., ¡bueno, de Alba!, secundado por unos cuantos zánganos de su mismo dudoso origen nativo, afiliados al partido de los juanetes, a lo que parece ha constituido un comité de conspiradores y está reuniendo para el mismo algún dinero.

Posible es, si el duque de Goya y demás juanetes no andan con ojo, que lo que recauden se lo coja Alfonso, y que no tenga la cosa mayor alcance; pero, vamos, la verdad es que si la República tuviera un Gobierno que la defendiera, a estas horas ya se habría incautado de todas las propiedades que el duque de Goya tiene en España, y que en buen derecho pertenecen al pueblo.



LOS MILITARES TEMIBLES

Algunos colegas, de los que no temen a los errores del Gobierno—sin duda por eso hacen la vista gorda—, temen mucho a los militares alfonsinos que han dejado el Ejército.

Nosotros, no. Sólo tememos a los militares alfonsinos que se ha dejado en el Ejército. Porque, además, se ha ido apartando de él a todos los militares republicanos, y en especial, a los que ayudaron a traer la República.

CUENTAS DE MI ROSARIO

Las monjitas de Belén, cándidas palomas del Señor, me piden una plática; pero no me indican el tema. Verdad es que las pobrecitas de mi alma se conforman con cualquier cosa, y para complacerlas no necesito enfrasarme en el *Arsenal de predica-dores*.

Tengo aquí la *Teología moral* de San Alfonso María de Ligorio. ¡Cualquiera se la lee entera! Voy a ver si a salto de página se me ofrece el tema... ¿Eh?... ¿Qué es esto?

—¿Está permitido dar muerte a un inocente?

—Sí, si Dios nos lo autoriza, porque todas las vidas pertenecen al Señor!

¡Diablo con San Alfonso! ¡A otra cosita!

Si mal no recuerdo, en las publicaciones del *Apostolado de la Oración* suelen venir temas interesantes para sermones y pláticas. Aquí hay algunos de los que proponía el Episcopado francés en 1925:

“Los azotes, como la peste y la guerra, son necesarios para despertar la fe y depurar las costumbres.

“¿Quién se atrevería a decir que en esta nuestra época de impiedad y de sensualismo no son necesarias la guerra y la peste?

“Son también instrumentos de misericordia. ¡Cuántas almas son tocadas por la gracia, esclarecidas por la divina luz, enderezadas hacia el cielo, en el que jamás habían pensado, a causa de estos azotes, a los que deben la verdad, la reflexión y la salud!...”

No, no; esto no. Las inocentes son capaces de pedir a Dios la peste y la guerra para bien de la Humanidad, y Dios, con su infinita misericordia, es también capaz de hacerles caso.

Ya está aquí el tema.

La verdad es que Pío IX fué un gigante del pensamiento, y la *Illada* junto al *Syllabus*, las coplas de Caláinos.

“Artículo 80. Anatematizado sea quien diga que el Pontífice Romano puede reconciliarse y estar en armonía con el Progreso, el liberalismo y la civilización moderna.”

Ni una palabra más.

Las dudas de este lego que nos sirve de sacristán tienen a veces muchísima gracia.

Esta mañana, cuando nos quedamos solos, me preguntó misteriosamente:

—¿Es un dogma, padre, que Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza?

—Lo es, hijo mío.

—Entonces, su cuerpo es igual al nuestro.

—¡Claro está!

—Tiene pies, manos, barba, orejas, ombligo...
—Todo eso tiene.

—¿Qué tranquilidad me da usted, padre Jacobo! Creí haber incurrido en la mayor de las herejías.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.

—¿En cuál?

—Esta mañana, medio dormido, medio despierto, he visto al Omnipotente... cortándose los callos.



LOS DOMINGOS DE CASARES Q. EN LA SIERRA

—Parece imposible que hayamos podido llegar tan alto.
—¡Sobre todo tú, que has llegado a ministro!

Y la Prensa dice ¡chitón!

Augusto Vivero demuestra en “Heraldo de Madrid” que el artículo 26 de la proyectada Constitución deja en mantillas, respecto a estrangular libros y Prensa, a las cosazas del Código ciervista de don Galo, que tanto irritaba entonces a los queridos y batalladores colegas.

Y ahora, los queridos colegas no dicen ni pío. ¿Es que se les fué toda la fuerza con las indignaciones de antaño? ¿Es que aquello, como dice Unamuno, de la campaña de responsabilidades fué un camelo de oposición?

Abramos una encuesta arriba: ¿Por qué no preocupa hoy a la Prensa que un juez pueda suspender la publicación de un periódico cuando quiera o recoger un libro cuando se le antoje?

¿Por qué? Meditemos.

¡Le digo a usted, guardia!...



¿Qué han hecho hasta hoy las Cortes?

¿Cuántas semanas llevan reunidas las Constituyentes de las mil pesetas por barba? Contemos: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, etc.

Y ahora contemos. ¿Labor útil que llevan hecha los señores de las mil pesetas? Cero, cero, cero. Y así sucesivamente, hasta reunir tantos ceros como semanas.

Nos parece que los señores diputados no se han dado cuenta de cómo está el patio. Y que van a tener que ir a sesión con paracaídas.

Fr. Jaco Bolo Pez

Sobre unas hojitas piadosas

Me han enviado por correo tres hojitas, verde una, rosa otra, y la otra blanca, todas dedicadas a encomiar la obra de los frailes y principalmente de los jesuitas.

Ignoro quién ha sido el autor del obsequio y bien lo siento, puesto que le hubiera correspondido con un ejemplar de mi traducción de la sabrosísima obra del abate Du Prat, que se titula "Venus en el claustro". No sabe bien el anónimo remitente lo que se ha perdido.

En concreto piden las hojitas que la República deje a los frailes en donde estaban cuando pereció la Monarquía, y aun insinúan que se les debe aumentar las subvenciones de que disfrutaron. ¡Cómo he gozado al recibirlas! Porque, cuando esos caballeros del 606 acuden a los que nos hemos pasado la vida combatiéndolos y por combatirlos no tenemos ni el más ligero enchufe, ni la más modesta sinecura, es que se ven con el agua al cuello y por la tática ofrecen perdonarnos la vida si los sacamos del pozo.

¡Miren ustedes que pedirme a mí el P. Burreño o el P. Mular el voto para que las Constituyentes no los expulsen! ¡A lo que hemos llegado!

Pero como a mi conciencia repugna el que nadie sea condenado sin haber sido oído previamente, voy a ver si las hojitas subvierten mis añejas convicciones.

De una de ellas, la verde, consta que los jesuitas tienen en Madrid, sólo en Madrid, 134 escuelas con 26.691 alumnos.

Esta labor educativa la tasan ellos en cinco millones de pesetas; de donde se deduce que reciben de los fieles para este menester cinco millones de pesetas, y aunque en material de enseñanza gastaran uno, siempre les quedarían cuatro al margen.

Corolario: Los jesuitas tienen en Madrid un negocio que les produce, limpios de polvo y paja, cuatro millones de pesetas.

La hojita blanca es una apología de la *Fae* (Federación de Amigos de la Enseñanza) y una protesta "con voz potente y enérgica contra esta injusticia difusa que se está cometiendo en España con miles de hombres y mujeres bienhechores del pueblo."

Estos hombres y mujeres son los frailes y las monjas, aunque mayormente no lo parezcan, pues quien hace voto de castidad sacrifica el sexo y ya no puede acreditar derechos al masculino ni al femenino.

Entre carmelitas, escolapios, agustinos, jesuitas, maristas y demás empastres místicos, resulta, según ellos, que en estos últimos cincuenta años han educado más de cinco millones de niños.

Como estos epicenos señores y estas epicenas señoras no se han cu-

rado aún de la enfermedad que llamaron algunos canonistas *auri sacra fames* (sagrada hambre de oro), justiprecian este servicio a razón de 400 pesetas por alumno y dicen haber ahorrado por este concepto al Erario público dos mil millones de pesetas.

Corolario: Las llamadas Ordenes religiosas han explotado durante cincuenta años un negocio que les ha producido dos mil millones de pesetas, lo que equivale a cuarenta millones de pesetas al año.

Porque nadie podrá dudar de que esos dos mil millones de pesetas se los han sacado a los fieles.

En la misma hojita hablan también de la enseñanza secundaria. (Sin duda quieren decir segunda enseñanza, pero no saben decirlo.)

Confiesan tener 25.000 alumnos y tasan su labor en diez millones de pesetas anuales.

Ya son cincuenta, sumados a la partida anterior.

Y aún añaden el alegato de su obra con referencia a las escuelas profesionales, a las que asisten, según dicen, otros 10.000 alumnos. Como ésta es ya caza mayor, calcularemos a 500 pesetitas, lo que da una anualidad de cinco milloncejos.

Dejemos aparte ahora el daño que puede causar a los hombres lo de hacerles creer que hay un infierno después de esta vida, que cayó el maná, que guiña los ojos el Cristo de Limpias y que el trabajo es una maldición divina, para fijarnos sólo en el dinero invertido en lo que ellos llaman enseñanza y en su eficiencia.

Durante medio siglo cincuenta y cinco millones de pesetas confesados y unos diez millones de seres humanos pasando por estas escuelas regi-



—¡Luego dicen que una está vieja!...
¡Hay que ver qué hermoso juanete me ha salido!...

El cardenal Segura, radiografiado



Sometido al infalible procedimiento de la radiografía, resulta que don Pedro Segura lleva dentro:

En la frente, donde normalmente se tiene el cerebro, una herradura; en el cuello, un rosario; en el lugar del corazón, hogueras inquisitoriales; en el pecho, a la derecha, un patibulo; en el vientre, una gran cruz; en cada uno de los brazos, una cadena; en la pierna derecha, algunas monedas, pertenecientes seguramente al dinero de San Pedro; en la pierna izquierda, un tintero y una pluma, lo que viene a dar fundamento a la creencia de que sus frecuentes pastorales están escritas casi con los pies, y finalmente, entre los dedos de la mano derecha, en tamaño realmente desproporcionado, la estrella de Venus, como una insinuación reveladora de sus inclinaciones de hombre galante...

das por frailes y patrocinadas por la F. A. E. No quiero recordar los que de estas escuelas salieron curados quirúrgicamente de las hemorroides, como aquellos a quienes operaba cierto hermano marista, *Flaminio* de seudónimo.

Entre estos diez millones de educandos, ¿cuántos figuran o han figurado a la cabeza de los escalafones en la Ciencia, en la Literatura, en el Arte o en la Filosofía?

¡Ah, sí, uno! El señor Callejo de la Cuesta.

E. Barriobero y Herrán

LA SUSPENSIÓN DE DIARIOS EN LAS PROVINCIAS DEL NORTE

Estamos en la avanzada del anticlericalismo.

Amamos y defendemos la República sobre todas las cosas.

Nadie puede negar nuestra condición de periodistas. (Aunque no nos preocupemos de proveernos de ese original carnet que es título de quien no tiene otros.)

Pues por ser quiénes somos y por pensar como pensamos, protestamos de que el ministro de la Gobernación suspenda caprichosamente periódicos, por muy clericales que éstos sean. (Caprichosamente, sí, porque sólo reconocemos licitud a una suspensión de periódicos: la que decreta el público, apartándose de los que no le interesan.)

La autoridad no se impone por la fuerza, sino por la justicia.

¿Es justo que en España el clero alto y el clero bajo, las órdenes religiosas y la beatería, intenten alzarse a la altura del Estado, y hasta amenacen al Estado con la guerra civil?

No lo es.

Pues la autoridad, para demostrar su ejercicio de autoridad, debe acabar con el clero alto y el clero bajo, las órdenes religiosas y la beatería. Otorgarles una beligerancia y un respeto que no se apoyan en ninguna razón de ley, y ensañarse, en cambio, en combatir, contra todo principio democrático, por la violencia, por el imperio de la fuerza, a unos periódicos y a unos periodistas—el asador de palo—, que no son, en definitiva, sino una consecuencia de la tolerancia que permite la existencia y la actuación desmandada del clero alto y del clero bajo, de las órdenes religiosas y de la beatería, es cobardía, de una parte, y uso indebido de la fuerza, de la otra.

Se dice que en las gentes de España está arraigada la fe religiosa.

Falso.

La religión no es un problema de fe, sino una cuestión de costumbre. Se es religioso por costumbre, y no por fe.

Es religioso el que no sabe, o el que, sabiendo, no se ha decidido a romper con la costumbre en que vivió y creció sus años primeros. En España—país atrasado, de tradiciones, de costumbres—casi todos hemos sido educados en la costumbre de practicar la religión católica: acudir a misa, respetar la confesión, contribuir al culto con dinero... Muchos—hombres y mujeres—desarraigamos de nosotros estas prácticas cuando asomamos a la vida plenamente. Muchísimos, los más, las siguen por costumbre, sin poder ofrecer, cuando se les demanda, otra razón de por qué las siguen, que la de que "es lo que nos enseñaron nuestros mayores".

La Iglesia sabe que la religión es una costumbre que, de no adquirirse

en los años primeros, no se adquiere, y por ello el celo y la preocupación con que procura educar a los niños, o hacer que se les eduque, en la costumbre religiosa, que, enfáticamente, él dice "temor a Dios". Pensad en un hombre—o una mujer—, hecho ya, que haya llegado a su total desarrol-

llo físico e intelectual, sin que nunca se le hubiera inclinado a las prácticas de la religión, y que, en pleno albedrío humano, vea decididos sus gustos, sus inclinaciones, sus costumbres. ¿Creéis que a este hombre—o a esta mujer—, si es dueño de una inteligencia despierta, podrá arrastrarse a la costumbre de practicar una religión?

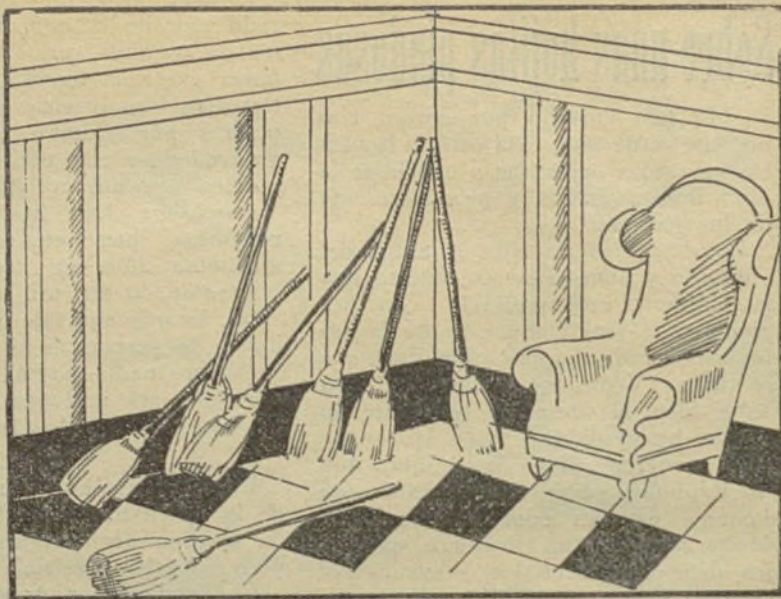
No; no lo creéis.

Otra prueba de que la religión no es fe, sino costumbre. Existen varias religiones. Todas, a través de unas u otras prácticas, ofrecen las mismas promesas oscuras. Todas se equiparan en lo que hace al problema de la fe. Empero, honradamente, ¿qué creyente hace el tránsito de una religión a otra? Podrá dejar la que le enseñaron para quedarse sin ninguna; pero, si procede honradamente, no se adscribirá a otra.

Y si, en definitiva, la religión católica, como todas las demás, es una cuestión de costumbre, que en muchos momentos, como el de ahora, degenera en costumbre peligrosa, que inquiere al Gobierno, hasta obligar al ministro de la Guerra a disponer una movilización militar, ¿por qué el Gobierno no procede directamente contra esa religión católica, que personifican el clero alto y el clero bajo, las órdenes religiosas y la beatería?

La omisión en que incurre el Gobierno no la salva el ministro de la Gobernación suspendiendo caprichosamente, contra todo principio democrático, media docena de periódicos en el Norte.

Ese acto de fuerza, que acaso en su



¡Esas escobas!... ¡Y pensar que todo lo podían arreglar esas escobas!...

intimidad personal considera el señor Maura—tan buen católico, según él dice—que va a ser tomado por el país como demostración de sus "agallas", no puede ser interpretado por las gentes conscientes sino como síntoma de indecisión y de debilidad en el Gobierno.

Equivale, ni más ni menos, a combatir los estragos de la costumbre de tomar morfina—otra costumbre—, persiguiendo los envases en que la morfina entra en España, y dejando que la morfina circule y actúe.

S. Gómez Hidalgo



LOS SACRIFICADOS

Abran ustedes el *Diario de la Sesión*, lean las declaraciones de nuestros republicanos, y verán una consoladora coincidencia:

Don Niceto.—"... porque yo, que lo he sacrificado todo por la República..."

Largo Caballero.—"... el estar aquí es un sacrificio, que acepto por deberes de partido..."

Maura.—"... no estoy aquí a gusto, pero me debo sacrificar por la República, y me sacrifico..."

Prieto.—"¡Nadie sabe qué sacrificio es estar aquí! ¡Tengo ganas de irme!"

Nicolau.—"... sí, para mí es un sacrificio esto de no hacer nada, de no hablar, de no escribir, de no legislar; pero me sacrifico por la Patria..."

Albornoz.—"Yo, no. Yo no me sacrifico. Estoy muy a gusto y ni con agua caliente me despegarán de la poltrona."

Coro general.—"¡Ni a mí! ¡Ni a mí! ¡Ni a mí!"

FARMACIA AMERICANA

La más acreditada de Madrid

Especialidades nacionales y extranjeras — Laboratorio propio

Carrera de San Jerónimo, 1. - Teléfono 13870. - MADRID

RESIGNACION

Durante las horas de parleta, en el recreo, las monjas de Santa Eduvigis platicaban con las novicias y educandas bajo el toldo tupido del emparado de la huerta.

Eran aquellas horas de tranquilo asueto, momentos también de enseñanza piadosa y devoto ejemplo con la relación de vidas de santos y hazñas de bienaventurados en lucha abierta contra las asechanzas del enemigo malo.

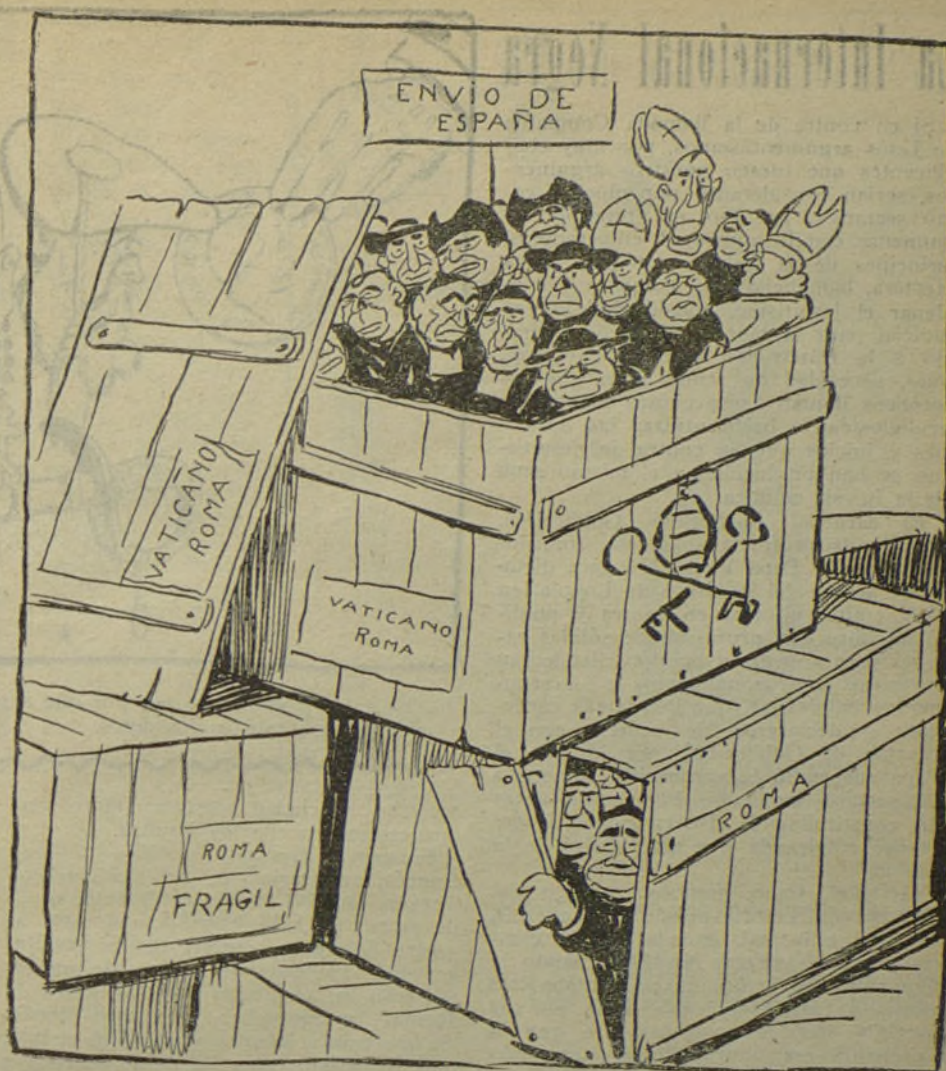
Sor Anastasia era la que unas veces con la lectura del "Año Cristiano" o del "Flos Sanctorum", y otras con la narración de cualquier anécdota que en aquel momento recordaba, edificaba a sus oyentes y templaba sus almas, preparándolas para la excelsitud de una vida superior consagrada a la práctica de las virtudes y al servicio de la divinidad.

Toda idea terrena, toda liviandad carnal, todo goce de los sentidos, había de huir de aquellas jovencitas cordillitas rescatadas de entre las garras del mundo lobo y recogidas en el redil de los pastores de Cristo. Suerte era, y grande, la de las venerables madres que así conseguían apartar toda idea de impureza de aquellas azucenas humanas.

Sor Anastasia refería esa tarde algunos episodios de la vida de Santa María Magdalena, Santa Pelagia, Santa María Egipciaca y otras famosas penitentes, sin olvidar, para poner espanto en el ánimo de su auditorio, el relato de conversiones después acaecidas, como la de Santa Margarita de Cortona, que al entrar en una iglesia y notar el mal olor que despedía un cadáver allí de cuerpo presente para los funerales, convirtiéndose al buen vivir en cuanto supo que el fétido difunto había sido uno de sus múltiples amantes, cuando todavía no era cadáver y no olía tan mal. Bien es verdad que la narradora no contaba que la aprovechada señora cortonense había esperado a estar fondona y casi putrefacta ella también, para enterarse de que los amantes se morían y hedían además.

Agotando el tema de su conferencia, Sor Anastasia, contenta por ver que iba infundiendo en las muchachas un santo horror a los deleites de la carne, decíales cómo cierta santa de las que hablaba tuvo que rechazar en su retiro del yermo tantas acometidas del pecado a la limpieza de su sexo, como al suyo el bendito San Antonio Abad.

Hallábase la santa en la gruta que había elegido como domicilio, satisfecha y feliz por no tener que pagar al casero ni habérselas con el impuesto de inquilinato, porque éstas eran las ventajas que proporcionaba el acercarse a Tebaida. Pero el pícaro del demonio, que había hecho cuestión de gabinete, o de alcoba, si se quiere, el derribar tan sólido edificio como era la virtud de la bienaventurada, no dejaba de molestarla, apare-



Si fuera cierto, ¡cualquiera nos iba a toser!... Pero ya verán ustedes cómo continúan los catarros.

ciéndose a ella bajo todas formas y apariencias.

Unas veces era un culebrón formidable, otras en forma de fieras diferentes. En fin, el mismo sistema que el diablo, que debe ser un pobre diablo, ha empleado siempre para aparecerse a los bienaventurados de ambos sexos, sin que parezca verosímil que, molestándoles tan tontamente, consiguiera hacer en ellos ninguna propaganda a su favor.

Pero en algunas ocasiones conseguía acertar con el verdadero sistema, aunque la virtud de los acometidos, o si se quiere su falta de gusto, hiciera fracasar aquellas empresas. Tales razones eran cuando se le aparecía a San Antonio, a San Pablo y otros eremitas en figura de real moza, con un movimiento rítmico y acompasado de caderas y de ojos, que realmente no se sabe la desesperación de los solitarios después de dejarlas marchar, y son de suponer los golpes que se darian en la cabeza cuando al llegar la noche recordaran la visita de por la tarde.

Y a las santas penitentes el demonio tenía, en cambio, el buen acuerdo de presentarse en forma de cumplido caballero, al cual no le faltaba más que estar vestido para ser un correctísimo señor. A la santa de que hablaba Sor Anastasia aquella tarde, ha-

bíasele aparecido un mozo fornido y robustísimo, de gigantesca traza, quien tras de cortejarla con toda la suavidad de que era capaz, que no era mucha, acabó por querer acudir a la violencia y apoderarse de la santa.

—¿Y qué pasó?—preguntó entonces la hermana Margarita, una novicia modelo.

—¿Qué había de pasar!—respondió Sor Anastasia—. Que el demonio fue confundido, y acabó por huir ante la fiera de la santa.

—Pues yo creo que la santa hizo mal.

—¿Chiquilla!

—Yo, en su lugar...

—¿Qué hubieras hecho?

—Considerar que era una prueba que la Providencia me enviaba para sufrir, y hubiera recibido con resignación los ultrajes del enemigo.

Pedro de Répide



SABEMOS...

... que el señor Albornoz, mientras se pone los calcetines, acostumbra a tararear la marcha real.

... que don Pedro Rico desde que es alcalde de Madrid, "ha hecho" once kilos y 327 gramos.

La Internacional Negra

Si en contra de la llamada Compañía de Jesús argumentásemos, por muy conviccentes que fuesen nuestros argumentos, serían considerados por muchos como sectarios; por eso, es preferible argumentar con lo que reyes, emperadores, príncipes de la Iglesia católica, papas, etcétera, han dicho para combatir y condenar el jesuitismo, considerándolo perjudicial para la moral pública y contrario a la fraternidad humana. No hay, pues, necesidad de acudir a lo que los católicos llaman "sospechosas fuentes de irreligiosidad"; basta utilizar las opiniones y juicios que en contra del jesuitismo se han producido en el mismo seno de la Iglesia católica.

El cardenal Bartolomé Guidiccioni, hombre de profunda sabiduría, comisionado por el Papa Paulo III para dictaminar acerca del Instituto de Loyola, en 1539, emitió informe en contra y publicó un libro con profusión de sólidas razones para apoyar su opinión, siendo tan poderosos los razonamientos y los argumentos empleados, que los demás cardenales se declararon de acuerdo con el informe de Guidiccioni, por lo que el Papa suspendió la aprobación, aunque a ésta estaba inclinado. Por tanto, antes de constituirse la Internacional Negra ya fué condenada por autoridades de la Iglesia.

Melchor Cano, famoso teólogo del Concilio de Trento, obispo de Canarias, de fama universal, ganada por su ciencia y por su virtud, en 1546, cuando la Compañía de Jesús aún no contaba tres años de existencia legal, decía en sus muchos escritos continuamente que la Compañía era "anticristiana", haciendo ver ocasionaría infinitos males a la Iglesia y llamando a los ignacianos "precursores del Anticristo".

En 1551, Eustaquio de Bellai, obispo de París, decía: "Esta Compañía, que nació hace dos días, no viene más que a turbar la quietud de la Iglesia y a arruinar las jerarquías".

El cardenal del Bosque, arzobispo de Toledo, Juan Martínez Guizarro, maestro de Felipe II, en 1552, para corregir los escandalosos abusos que los jesuitas cometían en el confesonario, se vió precisado a suspender las licencias para confesar, predicar y celebrar a los jesuitas que tenía en su diócesis, declarando "incurros en excomunión a los que fuesen a confesarse con ellos", y mandó a todos los párrocos que "no dejaran predicar ni decir misa a ningún individuo de la Compañía, suspendiendo, además, a todos los sacerdotes de Toledo que habían hecho ejercicios con los padres jesuitas", cuyo ejemplo siguieron otros obispos.

El primero de diciembre de 1554, la Facultad de Teología de París publicó un manifiesto en el que se lee: "Esta nueva Compañía, que se arroga el nombre de Jesús, parece peligrosa en materia de fe, enemiga de la paz de la Iglesia y nacida más bien para la ruina que para la edificación de los fieles". En su consecuencia, el obispo de París los suspendió de todos los ministerios, y otros muchos prelados hicieron lo mismo.

En la diócesis de Zaragoza, en 1555, fueron excomulgados los jesuitas, realizándose la excomunión con las ceremonias más solemnes, a "Mata Candelas", cantando el salmo 108, sin omitir cosa alguna para presentarlos a los ojos de todos como "impíos detestables y enemigos de Dios". Además, se puso en en-



El único y verdadero rey por que suspiran los carlistas desde hace muchos años: el que esté en los duros.

tredicho la ciudad mientras tanto permaneciesen en ella los jesuitas.

Genciano Herveto, notable teólogo francés, secretario que fué del cardenal Lorena, en el Concilio de Trento, el 27 de marzo de 1563, escribió una carta al padre Salmerón, general de los jesuitas en aquel entonces, quejándose de que éstos eran los "aduladores de los vicios de Roma", y agregaba: "Vosotros llenáis de ignominia, insultos y oprobios al mismo Jesucristo; apartáis de su servicio a los que se han consagrado a él y os entregáis a la ociosidad, a la ambición y a la corrupción de las costumbres".

En 1564, la Universidad de París se dirigió en queja al Parlamento para que éste impidiera que los jesuitas se dedicaran a la enseñanza. Los párrocos de París, el preboste de los mercaderes, el cardenal Chatillon, el obispo Beuvais, los dos cancelarios de la Universidad, los administradores de los hospitales y todas las Ordenes religiosas, se adhirieron a aquella protesta.



Dinerito para el Papa

Esta gente tonsurada cobra de todas partes.

¿De dónde dirán ustedes que nos hemos enterado hoy que le llevan al Papa una buena cantidad de pesetas todos los meses?

De la Sociedad de Autores.

Resulta que uno de aquellos antiguos editores, que, por una miseria, compraban la propiedad *in eternum* de muchas grandes obras, hombre él católico, apostólico, romano, romano sobre todo, al morir, legó su fortuna al Papa, y como en su fortuna figuraban obras que todavía se representan—alguna del gran Eusebio Blasco—, resulta que el Papa cobra su buen dinerito de la Sociedad de Autores, de donde, naturalmente, es socio.

¡Lo contento que se pondrá Muñoz Seca al saber que es consocio de este socio!

Cuidado, señores impunista

Cuando la Monarquía perdió las coronas, el impunismo puso el desastre en cuenta de la marcha de Cádiz.

Cuando la Monarquía nos llevó a la de Annual, el impunismo dijo que sólo había un responsable: la Fatalidad.

Cuando se habla hoy en las Cortes de responsabilidades, el impunismo dice que sólo hay un responsable: la masa neutra.

Pero, como dijo el poético Sr. Madrigal, esto de las responsabilidades no es un problema de masa neutra, sino de masa encefálica.

Y añadimos: probablemente acabar siendo problema de masa de tortas. Porque ya se va cogiendo al impunismo con las manos en otra masa. En la masa de los pasteles. Y no está el horno para pasteladas.



Aclaremos, aclaremos.

El orondo fray Rico, prior de la comunidad municipal que no quiere se expulse a los frailes, ha dicho muy ufano: "El hombre se diferencia de los animales en que posee el don de la palabra."

¿Está usted seguro, fray Rico, de que eso pueda proclamarse como verdad revelada en estas Cortes?

Porque hay algunos diputados que poseen el don, y aun el ilustrísimo señor que... bueno, que están pidiendo una palabra con barrotes.

Más verdad (sería), fray Pedro, que después de las pelotillas escarabajosas hecha por ciertos abogados con acta a Nueva famosa Justicia, repitiésemos con Lleyrand: "Al hombre se le ha dado palabra para ocultar sus pensamientos."

Lo malo—o lo bueno—es que ni así los pueden ocultar muchos.

Y conste que no lo decimos por nuestro equilibrista amigo D. Ansioso Salazar Alonso.

¡HAY QUE ENSEÑAR LOS PAPELES!

Requerimos a toda España, a los españoles todos, para que colaboren con nosotros en esta obra de purificación republicana. Con toda complacencia acogeremos y divulgaremos, como sanción a su falta de pudor, cuantas noticias se nos faciliten sobre los antecedentes, exclusivamente políticos, de todos estos aventureros de la política, y aun de la vida, que ayer se llamaron upetistas, con la misma ambición desprecupada que anteayer se dijeron romanonistas o nauristas, y que hoy se nombran republicanos o socialistas para conseguir ser alcaldes, presidentes de Diputación, diputados y hasta subsecretarios. No será menester que advirtamos a nuestros informadores presuntos que su propia solvencia moral nos importa como la autenticidad de sus referencias.

(Véase el segundo número de FRAY LAZO.)

Los papeles de don Pedro Riera

Este señor Riera, que ahora ocupa puesto en el Parlamento como diputado republicano radical por la provincia de Toledo, nunca había estado afiliado a ningún partido republicano toledano, según certificación que se nos presenta; pero, en cambio, se le conocía como "muy católico" y como adulador del cardenal Segura, a quien organizó el homenaje de que se le designara



El Sr. Riera...

"maestro nacional honorario", lo que, según parece, Segura recompensó haciendo nombrar a Riera por la dictadura berenguerista diputado provincial, cargo que, en efecto, este señor desempeñó hasta quince días después de haber sido proclamada la República!, en que, ¡al fin!, le echaron, según la siguiente certificación, cuyo original se nos entrega:

"Don Julián Olmedo y Sánchez, abogado y secretario de esta Excm. Diputación Provincial,

"Certifico: Que, según resulta de las actas de sesiones celebradas por esta Diputación en pleno, en la correspondiente al día 25 de febrero de 1930 figura don Pedro Riera Vidal posesionado del cargo de diputado provincial corporativo en su calidad de miembro de la Sociedad de Amigos del País, y en cuyo cargo cesó al constituirse las actuales Comisiones gestoras, en 29 del pasado mes de abril del corriente año.

"Y para que conste, y a petición de don Apolinar Montes, vecino de esta ciudad, expido la presente, con el visto bueno del señor Presidente, y sellada con el de la Corporación, en Toledo, a 15 de julio de 1931.—J. Olmedo.—V.º B.º. El Presidente, José Físcer.—Hay un sello que dice: "Diputación Provincial. Toledo".

El diario madrileño "La Nación", órgano, como es sabido, de la pesti-

lente U. P., muy contento al saber que su aliado, falsificándose, había logrado "pasar", elogiaba al señor Riera de esta impúdica manera en su número del día 21 de julio pasado:

Entre los elementos que vienen a formar en las nuevas Cortes con un bagaje de ponderación, merecedor de todas las consideraciones, figura el inspector de Primera enseñanza, don Pedro Riera y Vidal.

La provincia de Toledo, donde el señor Riera venía desempeñando su cargo con el respeto general; provincia de firme tradición de orden, en la que, pese a todas las mutaciones que imponga la actualidad política, predominará siempre el acatamiento para fuerzas espirituales que se hallan vinculadas a la raza, sobreponiéndose al nerviosismo nacional de circunstancias, ha sabido reafirmar su historia de siempre, designando ahora como su diputado, entre otros valores considerables—recordamos también al canónigo don Ramón Molina y a don Dimas de Madariaga, candidatos de Acción Nacional—, a este distinguido profesor.

Don Pedro Riera, hombre de espíritu moderno y cultivado, que no le ha hecho ocultar nunca su arraigada fe católica, fué el iniciador de que se rindiera al cardenal Segura el homenaje de nombrarle "maestro nacional honorario", y, posteriormente, al trabajo personal del señor Riera, consistente en recoger adhesiones de todos los maestros de España, se debió casi exclusivamente que el homenaje se realizara, más que como tributo a la persona respetabilísima del Primado, a la alta representación espiritual que simbolizaba.

Como valor político de ponderación, también la provincia de Toledo conocía al señor Riera, que en los últimos tiempos de la Monarquía fué nombrado diputado provincial, cargo que desempeñó con alteza de miras hasta el 14 de abril, que el nuevo régimen decretó su cese.

Don Pedro Riera, que por sus antecedentes constituye en el Parlamento una garantía para ideas e intereses que va a poner en riesgo, no la conveniencia del país, sino el prurito innovador del momento, figura incorporado a la minoría que acaudilla el señor Lerroux.

Estos son los papeles de don Pedro Riera, que figura como diputado republicano radical por la provincia de Toledo. Dejemos que el lector juzgue a su modo a este "distinguido profesor", que de la aventura política puede, en efecto, como se ve, ofrecer muy prácticas lecciones...



El sacristán.—Con los pecados y con las manos que algunos se traen, ¡buena ponen el agua bendita!

Las siestas de don Indalecio

Don Indalecio tiene a su vera, en el ministerio de Hacienda, a dos colaboradores inteligentes: el señor Zavala y el señor Sacristán.

Dambos no le ayudan lo más mínimo en lo de la peseta, porque ¿qué pueden hacer ellos?; pero le alientan en sus pesadumbres, desvanecen sus amarguras, le procuran descanso...

En estas tardes agostosas, de tórrido calor, don Indalecio se dirige a su despacho ministerial apenas almuerza. Allí le esperan Sacristán y Zavala. Son las horas de siesta, sin visitas, sin funcionarios, que el ministro desearía dedicar a cambiar impresiones y concebir planes en la intimidad de sus dilectos colaboradores. Pero don Indalecio, después de almorzar, se encuentra muy pesado.

Zavala, al contemplarle con los párpados caídos, con los brazos lacios, sin resolución para andar, se alarma, y le dice:

—Señor ministro... No preste usted atención a los maldicientes; no se entregue usted a la melancolía. Sus planes financieros, llamémoslos así, prevalecerán al fin y al cabo, cuando algún día tengan existencia. En el interín, aquí estamos nosotros, dispuestos a ayudarle con lo poco que podemos dar de sí...

Don Indalecio calla. Zavala, respetuoso, calla también. Sacristán comienza a tararear una alborada. El ministro siente pronto los efectos narcóticos de la dulzona música, y resueltamente apoya la cabeza en el respaldo de la poltrona ministerial... A poco oye un cadencioso ronquido.

—¿Duerme?—pregunta Zavala.

—Como un ángel—contesta Sacristán.

Y después que dambos besan la frente pura, desposeída de ideas, del durmiente, se retiran muy de puntillas a esperar...

LA SANTA

La estancia se iluminó con el nimbo rosado que envolvía a Gloria. La santa sentóse en el sofá y miró a Lucas con serena fijeza.

—Ya estoy aquí. ¿Qué quieres?

Quedó en silencio. El otro no sabía por dónde empezar. Dentro del cerebro le volteaba un aluvión de ideas, retorciéndose como un diablo... Contraía su cara un gesto de estupor, de ansiedad, anheloso y asustado.

Por fin dijo:

—¿Qué quiero?... Te quiero a ti.

Y como si este arranque brioso le hubiese dado fuerzas, se acercó a la santa y le cogió una mano.

—Te quiero... Te quise siempre. Cuanto más huías, alejándote de mí, más te deseaba. Todo yo he sido tuyo, con la poderosa energía de mi alma joven, de mi amor lozano y fecundo. Tú..., tu alma, tu cuerpo; la miel de tus besos, el fuego de tu carne... Tú, siempre tú, como un ideal de ventura; en éxtasis ante tu imagen, abrasándome de sed, loco, jadeando en pos de ti, en la estela de tu hermosura, que yo aspiraba como un perfume sutil... Te quiero. Vengo por ti. Tengo derecho a poseerte.

Y estrechó entre sus brazos el busto de la santa. Gloria le miró transfigurada, como si súbitamente la despojaran de su arcangélica vestidura. Su rostro se encendió con brusco arrebato de aurora y tembló su cuerpo en el espasmo de un gozo jamás sentido. Luego el galán siguió hablando de cosas divinas con acento blando, quejumbroso, suplicante, acariciándola el cabello, besándola en la boca...

Gloria dijo:

—No... ¡Por Dios! Marcha...

Hizo ademán de levantarse, roja de pudor y deseo, y Lucas la sujetó.

—Ya eres mía. Nadie te ampara de mi amor... Mía, mía... Te he conquistado a costa de sangre, de ilusiones, de vida... ¡Ah! Ahora resucito al calor de tu carne, bebiendo en tus labios la savia de otra vida potente... Sé mía... ¿Oyes? El bosque canta, arrullándonos.

Gloria no contestaba. Había de-

jado caer la cabeza sobre el hombro del galán y se dejaba acariciar con mansa voluptuosidad. Sus ojos entornados brillaban entre las pestañas húmedas e inquietos...

—¿Verdad que sí?—preguntó Lucas sobre la frente de la santa—. Ya no quieres ser santa. Quieres ser mujer... Me prefieres a Cristo... ¿Sí?

El jadear de ella afirmó y dejóse vencer. Era una mujer arrebatada al absurdo, a lo inútil, a lo que va contra toda razón del ser y de su vida...

Ramón D'Ors



Lo que buscan unas damas

Leemos en el santo periódico de los jesuitas:

"... porque es indudable que las damas católicas de España buscan amorosas las derechas..."

¿Qué diremos después de tan ingenua confesión? Que si esas damas buscan las derechas, ya sabemos lo del Evangelio: "Buscad y hallaréis..."

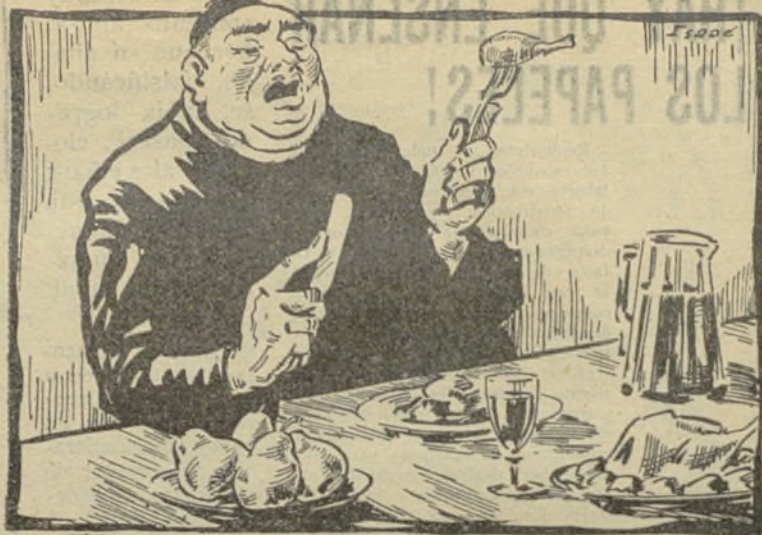
Aguardemos a que el devoto colega declare si al fin puede decirse: "Cada cual busca lo que necesita".



¡A ver!, ¿quién fué el primero?

He aquí un nuevo campeonato. El señor Paúl y Almarza reivindica la gloria de haber sido el primero que sacudió una torta a determinado señor.

Por si acaso sale otro precursor, un consejo: formen cola los aspirantes a ostentar el título de primeros en ese match. Aunque, dicho sea con sinceridad, en lo de sacudir tortas, los últimos siempre parecen los primeros.



Exclamaba un canónigo, contrito:

—¿Que Dios me dé la muerte de un cristiano!

(Y añadía, más bajito:

—Yo me daré la vida de un pagano.)

El santo amor a la familia

Pero, ¡hombrel, este don Angelito nos está resultando un águila caudal, pero muy caudal. ¡Y con un amor a la familia, que a su lado era un descastado aquel difunto, García Prieto! Y no nos parece mal que se quiera a la familia. ¡Quíá! Pero, ¡caramba!, no tanto que se la coloque a toda en el Presupuesto.

Porque es el caso que, en uno de los poquitos periódicos republicanos que por acá tenemos se ha publicado la Lista grande de los premios gordos que ha sacado don Angelito para pagar a sus deudos su deuda de cariño.

¡Atención! A su señor padre lo ha in crustado de consejero en la Compañía de Ferrocarriles del Oeste. A un su cuñado lo envió a la Fiscalía Internacional de Tángier. A un con cuñado suyo le hizo un huequecillo en la asesoría de la Dirección de Seguridad. A un hermano lo aupó a gobernador civil de Guipúzcoa...

No va más por ahora. ¡Y luego dirán que es difícil de resolver el problema de las familias numerosas! Con unas cuantas así y media docena de "signori Ferroni", ya están ocupados todos los cargos de la República.

Lo que dijo el clásico: "Dulce es sacrificarse por la Patria..." Pero hay veces en que dicho dulce vale por dos bandejas rebosantes.

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

Pedro Closas

Artículos para las Artes Gráficas

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21

Barcelona

DIABETES

Curación infalible
con las
prodigiosas aguas de

VENTA DEL HOYO

LA MEJOR
AGUA
DE MESA

Temporada oficial desde el 1.º de junio hasta el 30 de septiembre

Solicítense informes y detalles al Apartado 6, Toledo

Soliloquios de solicueros

Don Bruno el descamisado.—Si este Bujeda tuviese ideas como fluidez de palabra, ya contábamos los socialistas con un hombre de talento en las Cortes.

Maura.—No; como estos liberalotes insistan en hablar del divorcio, consultaré con mi padre confesor si puedo seguir siendo republicano.

Los técnicos de Hacienda.—Reventamos el Erario con la dictadura; la seguimos reventando con la República, y aquí continuamos ¡tan técnicos y tan frescos!

M. Auriol.—¡Qué lástima de partido! ¡Tantas cabezas de ajo y qué poquitas de las otras!

Hurtado.—¡Por qué se habla tanto de responsabilidades? ¡Es que, si se extraña a Galo Ponte, queda algún responsable por castigar?

Los 14.000 muertos de Annual.—¡Aquí te hubiéramos querido ver, amigo!

Berenguer.—Amigo Hurtado, tengo un jerez excelente que me regaló Niceto. Tengo unos magníficos habanos que me regaló Miguelito. Tengo por hospedaje un palacio. ¿Cuándo se viene a tomar una copita y a fumar un habano? ¡Muy bien su discurso!

La Kent.—¿Por qué llaman Clarita a doña Clara, y a mí nadie me llama Victorita? *"El Socialista"*.—¿Por qué, burguesa? Porque no tienes en celdas de castigo a los de la C. G. T. ¿Para eso te dimos el cargo, inepta?

Pérez Madrigal.—Cuando oigo a un impunista hablar de juridicidad, me parece entenderle camelicidad.

Besteiro.—¿Han visto ustedes qué chistes tan graciosos hago en la presidencia de la Cámara?

Sánchez Román.—Estoy contento. "Crisol" me ha reconocido como el cuarto sabio de la República.

"El Sol".—Señores, cuando se habla de milagros falsos y de expulsar Ordenes religiosas, yo no puedo olvidar que he sido de los ¡jesuitas de Deusto y de los señoritos de Bilbao.

Marañón.—¡Benditas sean las entrevistas! Gracias a ellas podemos decir muchas tonterías los hombres de talento.

Sarradell.—¡Qué puntapié, señores, qué puntapié! Lo peor es que entré sin saber escribir y salgo sin acordarme de que sabía leer.

March.—A mí, en los periódicos no me gustan las cosas de contrabando.

El hermano de Galán.—Sí, muchas lápidas, muchos discursos; pero mi querella contra los asesinos se ha traspapelado. ¡Para que luego elogíe Rico a la magistratura dictatorial que heredó la República!

Galarza.—Por eso digo que de los servidores de la Dictadura sólo me fío de Largo Caballero, de Fabra Rivas, de Besteiro, de Saborit y de "El Socialista".

Casares.—¿Por qué dirán todos los marinos que sólo hago caso de consejeros monárquicos?

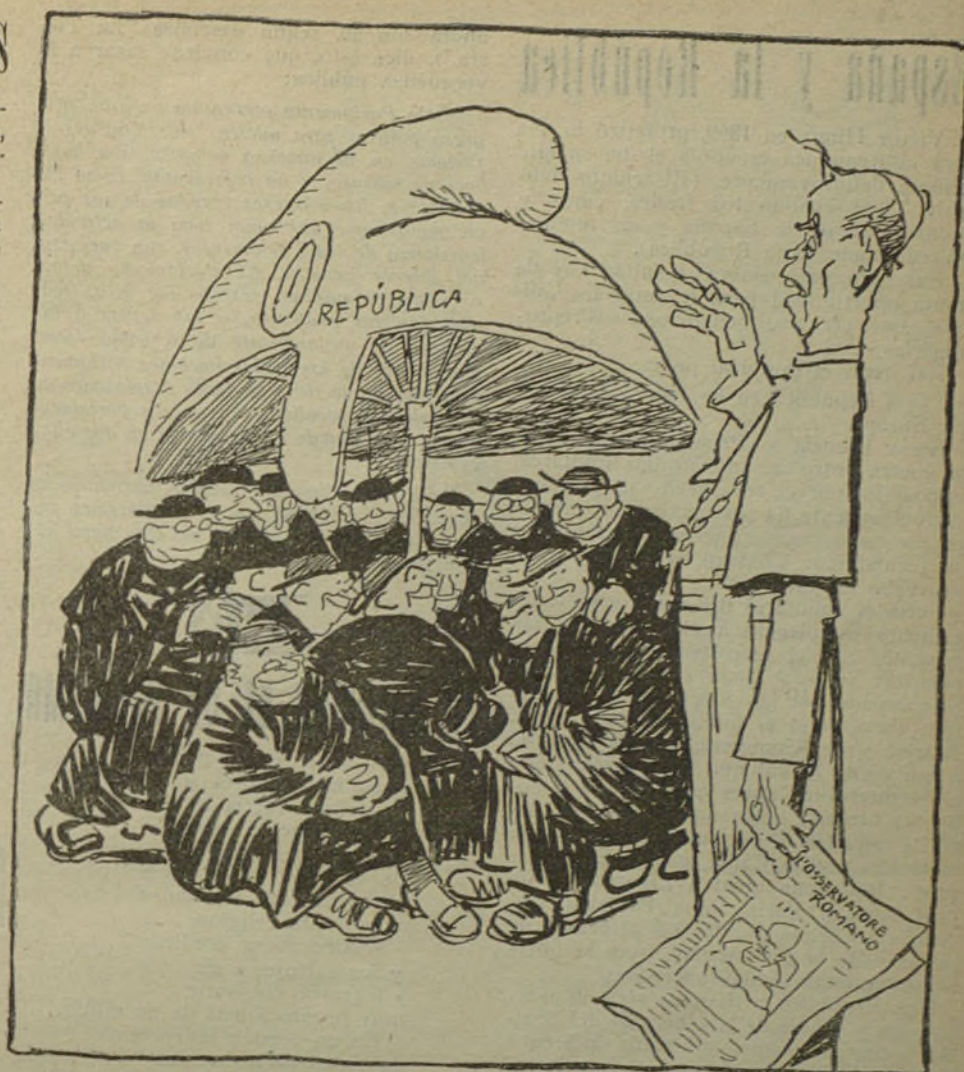
Signor Ferroni.—¿Que suben las subsistencias? ¡A mí, plim! Hace tiempo que no trabajo.

Serrán.—¡Aquí hay pupila! ¡Vaya si tuve ojo para nombrar defensor al futuro primer fiscal de la República!

Bellón.—Háganme el favor de no mentar aquel célebre sumario desaparecido.

Aurós.—¡Tanto hablar contra la Dictadura, y hay miles de chupones socialistas en mis Comités parasitarios.

Un sindicalista.—¡Lo que son las cosas! Antes de abril, Angelito nos daba pistolas y explosivos. Ahora nos encierra a todos los que tenemos aquellas pistolas y aquellos explosivos.



El secretario del Vaticano.—¡Sí, hijos míos; vosotros, los de abajo, recogiendo a los calladitos, habéis demostrado ser más inteligentes, aunque no sea mucho, que Perico Segura!...

Blanco (D. Carlos).—¿Que desde cuándo soy republicano? Esperen que recuerde... Fué... Fué...

Galo Ponte.—En el proyecto de Constitución se va más lejos contra la Prensa que en mi Código dichoso. Y la Prensa calla. En mi tierra se dice: "Este gallo que no canta, algo tiene en la garganta."

Juan del Pueblo (al paño).—Voy a tener que ponerme serio.



HACEN FALTA GOBERNADORES

Un anuncio que debía publicarse en la "Gaceta":

"Se desean candidatos para el cargo de gobernador maurista. No se les pide otra condición que la de no servir para el cargo, creer que la vida ajena no vale un pimiento, y hallarse dispuestos a dimitir si a las dos semanas aún no mataron nadie. Serán preferidos los señoritos de la Adoración nocturna, los ex gentiles-hombres de Palacio, y en general los que no se sientan republicanos.

Para informes, dirigirse al sucesor de Hoyos. Pregúntese por el hijo de papá."

ENTREACTOS PARLAMENTARIOS

En el despacho de secretarios.

—¿Ha leído usted, Aldasoro?... Para hacer economías, nuestra escuadra estará ocho meses armada y cuatro en situación.

—Personalmente no llegará ya a eso Casares Quiroga.

En la cantina.

—¿Cuánto es todo lo que han tomado esos señores?

—Trece pesetas, señor Cordero.

—Bueno... Háblame de tú, y rebaja la cuenta.

En el salón de sesiones.

—¿Decía algo, amigo Franco?

—Sí; que mire usted a Alborno... Se pasa la tarde pintando estrellas.

—¿Y qué hace con ellas?

—Se las enseña a Prieto.

En el salón de conferencias.

—¿Usted no interviene, amigo Muñío?

—Yo no hablo nunca de lo que no sé, señor Villalobos.

—Entonces lo pasará usted muy aburrido.

—¿Por qué?

—Porque nunca tendrá usted nada que decir.

España y la República

Víctor Hugo, en 1869, profetizó lo que será la República española el día en que triunfe definitivamente. (El triunfo definitivo será cuando los frailes, curas y monjas salgan de España y los monárquicos salgan de la República).

Sus hermosas palabras resultan hoy de tanta oportunidad para levantar los ánimos, que creemos beneficioso el reproducirlas.

Así decía el inmortal poeta:

“Una República en España sería la paz en Europa.

Sería Francia y Prusia neutralizadas; la guerra entre las monarquías militares, imposibles por el solo hecho de la revolución presente, la perspectiva de las matanzas reemplazada por la del trabajo y la fecundidad; Chassepot destituido en provecho de Jacquot.

Sería el equilibrio del continente bruscamente establecido a expensas de las ficciones, por el peso de la verdad en la balanza; sería la vieja potencia España resguardada por esa joven fuerza, el pueblo; sería, bajo el punto de vista de la Marina y del Comercio, la vida devuelta a ese doble litoral que ha reinado sobre el Mediterráneo antes que Venecia y sobre el Océano antes que Inglaterra; sería la industria floreciendo allí donde fue la miseria; sería Cádiz igual a Southampton, Barcelona igual a Liverpool, Madrid igual a París; sería Portugal volviendo a España por la sola atracción de la luz y de la prosperidad, pues la libertad es amante de las anexiones.

Una República en España sería la prueba pura y simple de la soberanía del hombre sobre sí mismo, soberanía indiscutible, soberanía sobre la cual no puede recaer votación; sería la producción sin tarifas, el consumo sin aduana, la circulación sin trabas, el taller sin proletariado, la riqueza sin parasitismo, la conciencia sin prejuicios, la palabra sin mordaza, la ley sin mentiras, la fuerza sin ejército, la fraternidad sin Caín; sería el trabajo para todos, la instrucción para todos, el cadalso para nadie; sería el ideal hecho tangible, y lo mismo que hay la golondrina-guía, habría la nación ejemplo. Nada de peligro hay en ello.

España democracia, España ciudadela. La República en España sería la probidad administrando, la verdad gobernando, la libertad reinando; sería la soberana realidad inexpugnable; la libertad es tranquila porque es invencible, y es invencible porque es contagiosa.

El ejército enviado contra ella retrocede contra el déspota.

He aquí por qué se la deja en paz. La República en España sería la irradiación de lo verdadero, promesa para todos, amenaza para el mal únicamente; sería ese gigante, el Derecho, de pie en Europa, detrás de esa barricada llamada los Pirineos.”

¡Los hay glaciales!

Naturalmente, si nosotros quisiéramos conocer una opinión valiosa sobre los percebes, no la pediríamos a los percebes.

Por la misma razón no tendríamos la debilidad de pedir a los socialistas un juicio final sobre las Cortes. Y cien veces menos pedirselo al sin juicio Sr. Beece.

Pero “Crisol”, bondadoso, va y coge al Sr. Beece y le da trato de personaje. Y el Sr. Beece, subido en sus 18 enchufes (que

ahora son 30, según descubre “La Tierra”), dice esto, que conviene sacar a la vergüenza pública:

“Este Parlamento representa un gran progreso político para nuestro país. Quienes lo forman, en su inmensa mayoría, son hombres de trabajo, y no representan, como los anteriores, los intereses creados de los privilegiados, que absorbían toda la actividad legislativa de los Parlamentos, con perjuicio del interés general. El Parlamento actual oye con el máximo respeto las ideas más opuestas, las contrasta, y las acepta o las rechaza en un ambiente de seriedad ejemplar. Huye de las viejas ficciones parlamentarias, cosa que tiene un tanto desplazados de su ambiente peculiar a los viejos parlamentarios. Este mundo es distinto al en que ellos vivieron.”

Leído esto, díganlos ustedes, hermanos en Jesucristo: ¿Verdad que el Guadarrama resulta un chubesqui al lado de este buen señor Beece?



LA SOLUCIÓN DE UN PROBLEMA

A un selvático paraje —no nos importa su nombre— en donde se cría el hombre completamente salvaje, arribó cierta misión de varones franciscanos para convertir hermanos a su santa religión.

Pusiéronse a predicar y los salvajes a oír, y lograron convertir muy pronto a más de un millar.

En un cordón jamás visto de todas partes venían hombres que se convertían a la doctrina de Cristo.

Entre todos, llegó uno, antropófago por cierto, muy mal encarado, tuerto, y salvaje cual ninguno.

—Padre—dijo al franciscano—, yo me quiero convertir.

Y el padre optó por decir:

—Dime tus culpas, hermano.

—Yo quiero creer en Dios.

—Creerás si a ello te avienes.

Di, ¿cuántas mujeres tienes?

Y el salvaje dijo: —Dos.

—Entonces es importuna tu pretensión; es liviana; nuestra religión cristiana no puede admitir más que una.

Permite, pues, que termine aquí la conversación; prosigue en tu religión y que tu Dios te ilumine.

Fuése el salvaje mohino, quedóse el fraile severo; partió aquél por su camino y éste por otro sendero.

Al cabo de cuatro días volvió el salvaje a insistir:

—Padre, yo quiero vivir en el Credo del Mesías.

—Eso es imposible, hermano; no lo podrás realizar— acabó por contestar, inflexible, el franciscano.

—No puedes de Dios en pos seguir, y en mi Dios creer.

Sólo admite una mujer,

y tú, hermano, tienes dos.

Nunca serás convertido con dos hembras por fortuna...

—¿Si ya no tengo más que una!

—¿Y la otra?

—¡Me la he comido!

Mingo Revulgo



—¿Si yo fuera Maura, ¡oh Laura!...

—¿Qué, Julito?

—Caracoles, que al dulce arrullo del aura, te haría lo que hace Maura a todos los españoles.

SEMISEMBLANZA

Recibimos anónimamente esta semi-semblanza, que, por su estilo y su intención, no dudamos en atribuir a la bien cortada pluma de don Santiago Alba.

Las grandes glorias encuentran siempre grandes cantores.

Pagado de su saber que en cien discursos revela, pretende hacernos creer que echa pluma la gacela.

Pero como a transigente a mí ninguno me gana, creeré que es hombre eminente cuando eche pelo la rana.



¿Ordinarias o Constituyentes?

Deseosos de sacrificarse—para que no sea don Angelito sólo el que se sacrifica por la República—muchos señores de los de las mil pesetas andan camelandando a don Niceto para conseguir que, después de votada la Constitución, sigan las Constituyentes con carácter de ordinarias.

¿Qué apostamos a que se salen con la suya los abnegados patricios? (La suya es la nómina de las dietas). Porque ya el pueblo, con gran lógica, viene diciendo desde el primer día: “Estas Cortes no tienen más remedio que ser ordinarias: hay en ellas muchos socialistas”.

MILAGRO

Si no fuese grande irreverencia, tratándose de tan ínclito caballero, diría que, al verse en la calle, bufó de indignación. Pongamos que respiró fuerte, dando salida, por un instante, a su justo furor, y estaremos en lo cierto.

La cosa no era para menos. ¿Qué se habían creído aquellos imbéciles del Círculo! ¿Iba a perder siempre? Llevaba quince días en que ante el dichoso "tapete verde" vaciaba sus bolsillos, su cartera y hasta el depósito de su paciencia, y para un día que ganaba se permitían murmurar.

Parado ante el gran portón desahogó su ira, mandando al diantre al desaharrapado golfo que le importunaba con la narración de sus trémebundas desventuras, y sacudiendo una patada a sarnoso can que le rondaba. No le cabía duda; en el momento culminante en que hacía saltar la banca había oído una cuchufleta que le sonó mal, algo relacionado con la buena suerte de los que padecen de vejetaciones frontales. Volvióse furioso, dispuesto a castigar al osado profanador de su honra, y se encontró con el mamarracho de Julito Calabrés.

No es que le faltase valentía—todo el mundo recordaba aún con un escalofrío de horror su duelo con Esteban Arenal, aquel duelo famoso en la historia de la andante caballería, en que él apenas si recibió un seblazo en un talón, mientras su contrario caía herido de un tajo formidable en el cogote—, pero no iba a batirse él, el excelentísimo señor don Facundo Gómez del Espaldarazo, con aquel chiquillo desvergonzado y botarate.

Comenzaba a tranquilizarse. ¡Bah! Envidias y fantasías. Allí tenía sobre el corazón su carterita con las sesenta mil pesetas, mientras que ellos se quedaban como el gallo de Morón. Recordó el estribillo: "Ande yo caliente y ríase la gente"... Y con ademán de satisfacción encogióse de hombros y hundió las manos en los bolsillos del gabán.

Lleno de extrñeza retiró una de ellas, aprisionadora de sospechoso papelito. ¡Una carta! Cada vez más asombrado la abrió. Letra de su mujer. ¿Qué raro! ¿Qué quería Eladia para escribirle así? Leyó:

"¡Chuchelito mío! — ¡Caramba!, aquél no era el lenguaje conyugal habitual. Siguió: — Como el señor de Minotauro—la cosa le sonaba mal—se queda jugando en el Círculo, en cuanto le des capote—término taurino indicídisimo allí...—te vuelves aquí y pasaremos la tarde juntos".

¡Infame! Eladia le engañaba, y le engañaba con aquel hambrón de Pascual Cascorro, que, no contento con birlarle la mujer, se le comía las trufas desde hacía un año. ¡Los mataría!

Y empujando el bastón como si fuese heroica tizona, encaminóse a su casa a grandes pasos.

Mientras tanto, Eladia, más ágil, más aérea, más felina que nunca, entre los pliegues de su "deshabillé" de muse-

lina azul, subrayador del oro de la cabellera y del blanco alabastro de la desnuda garganta, jugueteaba caprichosamente con su amante.

—¿Me quieres, chiquillo?

—No.

—¡Infame! ¡Te mato! ¡Te mato! ¡Te muerdo! ¡Te como!

Sus labios rojos mordían voraces el rostro de su amigo, mientras las manos le nieve tiraban de los negros rizos.

En tan interesante momento

histórico, la puerta se abrió y Francette (verdadera doncellita de comedia de enredo) se precipitó en el cuarto y con grandes muestras de espanto anunció la catástrofe:

—¡El señor!

Consternados, exclamaron a una:

—¡Minotauro!

Después Eladia, con más presencia de ánimo, buscó por donde pudiese huir. Imposible. La única puerta comunicaba con el salón por donde avanzaba el hijo de Minos. Rápidamente pasó revista a los escondrijos donde ocultarle. Por fin se decidió:

—Mira, aquí, en el ropero.

Y empujándole dentro, cerró la puerta.

¡Ya era hora! El ultrajado esposo penetró como una tromba.

—¡Infames! ¡Adúlteros! ¿Dónde está el malandrín, follón, ladrón de honras?

Ella quiso atajarle.

—¿Pero qué es esto... qué te pasa?

Don Facundo apartóla de un empujón:

—¡Calla, mala mujer, calla o te mato!

Y comenzó a buscar por debajo de los muebles, en los rincones, tras los cortinajes. Francette se había desmayado; Eladia, cruzadas las manos, imploraba de Dios un milagro. Mientras, el ultrajado esposo, profiriendo siempre terribles amenazas, seguía buscando. Miró bajo la cama; nada. En la mesilla de noche; cero. Al fin llegó al armario. La traidora cerró los ojos. Don Facundo de un tiron abrio



El Papa.—¡Me parece, querido secretario, que en esto de España hemos metido la sandalia!

violentamente las puertas y encontróse frente a frente con el amante de su mujer, que le apuntaba con un revólver. Vaciló un instante; luego, cerrando con violencia los botientes, murmuró engolando la voz en un aparte teatral.

—Pues tampoco está aquí.

Y rápido salió, mientras Eladia caía de rodillas.

Dios, que convirtió en rosas los mendrugos de Santa Casilda, acababa de poner una venda sobre los ojos del esposo. ¡Milagro!

Antonio de Hoyos y Vinent



SEMEJANZAS

¿En qué se parecen muchos socioslistos y republicanos a los doce apóstoles?

En que han pescado.

¿Y el banco azul de los ministros al mar?

En que muchos naufragan.

¿Y los amigos de don Melquiades a los ciegos?

En que ya nunca verán "la luz".

¿Y el mundo a varios de los ministros?

En que fueron hechos de la nada.

¿Y el ministro de Hacienda a Mario en la desgracia?

En que no tiene talentos (1).

(1) Se advierte al señor Prieto que este Mario no es el conocido teólogo don Mario Roso de Luna, sino un romano célebre, y que los talentos son monedas.



Perico, Leopoldo, Javier, Juan, Manolo, Eustaquio y compañía, con la pastoral en la mano, procuran limpiar fondos.

Una proposición de ley que debería ser repetida

Para atajar con dignidad civil y solucionar de una vez el cisma que en estos momentos intenta promover la clerecía, bien estaría que algún diputado tomase la iniciativa de reproducir dos proposiciones que Morayta, Blasco Ibáñez y Lletget presentaron al Congreso de hace treinta y dos años, en el que dominaba una mayoría engendrada casi en su totalidad por monjas, obispos y frailes.

Decía una de estas proposiciones:

Los diputados que suscriben tienen la honra de proponer al Congreso se sirva tomar en consideración la siguiente

Proposición de ley

Se restablece en su fuerza y vigor el decreto-ley de 12 de octubre de 1868, publicado en la "Gaceta" del día siguiente, suprimiendo en la Península e islas adyacentes la Compañía de Jesús.

Palacio del Congreso, 6 de julio de 1899.—Vicente Blasco Ibáñez, Miguel Morayta, José Lletget.

Y la seguía esta otra, presentada a continuación:

Los diputados que suscriben tienen la honra de proponer al Congreso se sirva tomar en consideración la siguiente

Proposición de ley

Se restablece en su fuerza y vigor el decreto-ley de 18 de octubre de 1868, publicado en la "Gaceta" del día siguiente, extinguiendo todos los Monasterios, Conventos, Colegios, Congregaciones y demás casas de religiosos de ambos sexos, fundados desde 19 de julio de 1837.

Palacio del Congreso, 6 de julio de 1899.—Miguel Morayta, Blasco Ibáñez, Lletget.

¿No habrá, en efecto, en el Parlamento de ahora un espíritu valiente? Cuesta trabajo preguntarlo. Porque es inconcebible que lo que tres diputados republicanos hicieron en 1899, sin ambiente preparado en el pueblo; en momentos en que la Nación se hallaba sometida a una regencia monárquica que guiaba el clero, ante un Gobierno y un Parlamento clericales, no haya, entre cuatrocientos cincuenta diputados que se llaman republicanos, uno que lo repita en unas Cortes Constituyentes de la República, pensando, si no sirviendo a sus sentimientos, que había de interpretar los deseos del pueblo expectante y dispuesto a actuar por sí mismo en cuanto se convenza de que malusan el tiempo un Gobierno y un Parlamento en quienes depositó su mandato...

A LOS HIJOS EPISCOPALES

Pedro, Leopoldo, Javier, Juan, Manuel, Eustaquio, Mateo, Marcial y demás patronímicos episcopales se dirigen directamente a los "amados hijos" que, según dicen, tienen en las Cortes Constituyentes—¡no comprendemos cómo haya quien consienta que tan públicamente ofendan a su mamá!—, y les recuerdan "que están gravemente obligados en conciencia a propugnar, por cuantos medios legítimos estén en sus manos, los sacrosantos derechos de la Iglesia, preteridos en el proyecto de Constitución."

No puede negarse que los tiempos han progresado mucho.

Porque en 1878 los Pedro, Leopoldo, Javier, etc., de aquella época, en lugar de dirigirse directamente a los diputados, solicitaban de las mujeres que separasen su cama de la de sus maridos si votaban la base de la Constitución, que también trataba de la libertad religiosa.

Sin duda, Pedro, Leopoldo, Javier y compañía se dan cuenta de que las mujeres—¡gracias a Dios!—no son en 1931 lo que eran en 1878.



Panamericano y Pancordero

Vamos a tener en Madrid un Congreso Postal Panamericano. Uno de los primeros asuntos que se tratarán es lo de haberse subido en España el precio del franqueo. Porque con el dichoso aumento de cinco céntimos, las gentes siguen dando los cinco de propina.

Por cierto que Cordero aspira a presidir ese Congreso. ¿Como hombre de la Posta? No, señor. Es que eso del Panamericano le tiene despistado. Y lo que él dice: ¿No he sido yo panadero en mis ratos de ocio?

CANTARES REMENDADOS

¿Cuándo querrá Dios del cielo y la Virgen soberana, que veamos en chirona a un pez gordo de sotana?

A la puerta de la cárcel no me vayas a llorar, que soy fraile y allí dentro nunca me vas a encontrar.

Ojos azules tenía la mujer que me engañó; y con sus ojos azules con un fraile se escapó.

Hay madres que dan la vida, y que dan el corazón, y hay madres en los conventos que dan lo que sabe Dios.

Anoche soñaba, niña, que a Segura encarcelaban; es que soñando me olvidó que mandan Niceto y Maura.

En los cielos manda Dios y el demonio en el infierno, y aquí nos siguen mandando nuestros seculares cuervos.

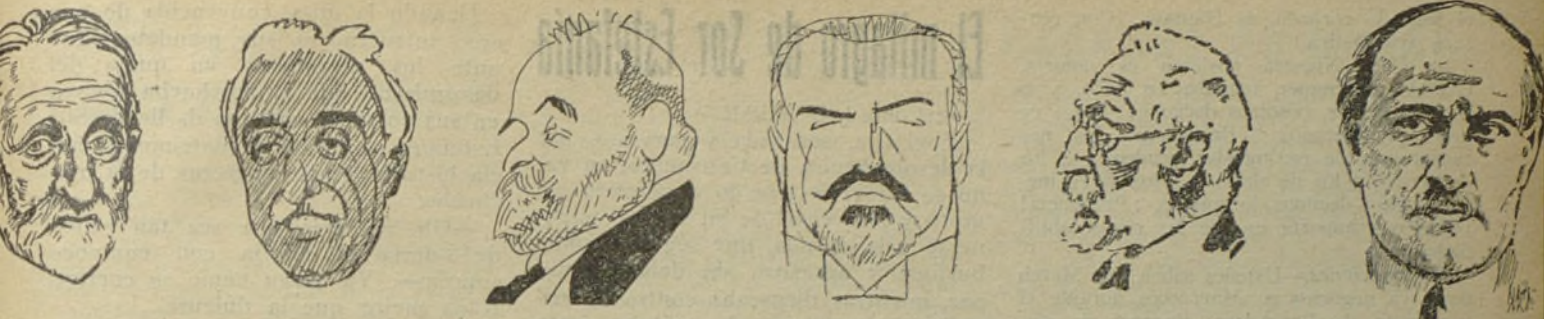
Adiós, puente de Tudela; por debajo pasa el Ebro; pero no pasa ni un fraile, que esos se nos quedan dentro.

Ayer me dijiste que hoy, y hoy me dices que mañana, y Berenguer, entretanto, sigue tan fresco en su alcázar.

Las pastorales de Pedro Segura

Gutenberg descubrió la imprenta viendo estamparse la herradura de un caballo en el polvo del camino.

Ante la autenticidad de este dato histórico, las pastorales escritas por Pedro Segura tienen derecho indisputable a ser impresas.



El que pudo ser, Cossío.

El que será, A. Zamora.

Un... ausente, Cierva.

Un ausente, presente, Alba.

Un sabio que calla, Unamuno.

Un sabio que habla, J. Ortega Gasset.

Pasillos del Congreso

Sánchez Guerra y Villanueva.
—¿No le parece a usted, Miguel, que es absurda esta moda de venir destocado al Congreso, y debería obligarse a los diputados a traer sombrero?
—Por lo menos, para que se vea que llevan algo en la cabeza.

Royo Villanova y Basilio Alvarez.
—Y usted, que, por inteligente, es lo menos cura posible, ¿cómo juzga la pastoral?
—Mire usted, Royo, yo tengo mi lema: "Si te cae una mosca en la copa, no seas "primado", saca la mosca y bébete el vino".

Centeno y Antonio de la Villa.
—Este pobre Alcalá Zamora, siempre templando gaitas entre los ministros, querido Villa.
—¿Si entre los ministros no hay más gaita que Casares Quiroga!...

Hidalgo Durán y Unamuno.
—Aquí lo que está haciendo falta es una dictadura de Lerroux, D. Miguel.
—No. Nada de dictaduras, porque aquí

no hay a quién dictar, ya que la mayoría de los españoles no saben escribir.

Dos diputados socialistas que se apellidan Alonso.
—Tú, ¿en qué estás pensando?
—Pues... en que no pienso nada. ¿Y tú?
—Yo, pienso lo mismo.

Marco Miranda y Moreno Mendoza.
—Pero a este Prieto, ¿quién le guía?
—El chófer.

Companys y Niembro.
—Con tanto ir y venir a Barcelona, estoy molido.
—Pues lo que yo estoy también acaba en "ido"; pero no me atrevo a decirlo.

Emiliano Iglesias y el cura Pildain.
—A mí me parece que, más que de los obispos, de lo que deben ustedes preocuparse es de los nuevos cardenales.
—¿Los nuevos cardenales? No comprendo, Iglesias.
—¿Sí, hombre! Los que el pueblo les va a hacer a ustedes como no tomen pronto el portante.

Luis Bello y Pi y Arsuaga.
—¿Socialismo y caciquismo? Eso es una redundancia, Pi.

Ovejero y Saborit.
—Cuando Prieto pase a mejor vida, amigo Saborit...
—No creo yo que pueda pasar a mejor vida que la que se da ahora.

Azcárate y Samblancat.
—Y el caso, amigo Samblancat, es que esta Cámara es muy impersonal.
—¿Como que se ven en ella muy pocas personas!

¿Qué hacer de Berenguer?

Supongamos que, al fin, va de veras lo de las responsabilidades. Supongamos que nos mata de pena la mudez casi general de los periódicos sobre el general que mató a los de Jaca. Y, por último, supongamos que cada periódico recibe de nosotros la consabida pregunta:

—¿Qué piensa usted de Berenguer y sus culpas?

Las respuestas serían así, sobre poco más o menos:

A B C.—Berenguer es la figura excelsa del militar, del civil y del jurídico-eclesiástico. España le debe un monumento.

El Liberal.—El día en que le soltó el Consejo Supremo de Guerra y Marina dimos un vigoroso ¡Viva la República! ¿No es clara nuestra actitud?

El Socialista.—Somos conservadores de la República. Somos conservadores del Gobierno. Somos conservadores de las actuales Cortes. Así, pues, nunca crearemos un conflicto a la República, ni al Gobierno, ni a las actuales Cortes.

Crisol.—Aquí no nos ocupamos en asuntos insignificantes. El águila no caza moscas.

El Debate.—Para nosotros, después del Sagrado Corazón de Jesús, no hay más que



REFRANES DE AGOSTO

El obispo y el melón,
por agosto pierden sazón.

EL ARTE DE HACER DINERO

—Hermana, ¿quiere saber cómo nos hacemos ricos los Padres de vientres grandes las Madres de vientres chicos? Lea, hermana, este letrado y verá cómo es sencillo: "Aquí se pide por Dios, y no se da ni pa Cristo."



Juan del Pueblo.—Que conste que de aquí salió la verdad.

el sagrado corazón de Dámaso. (Con censura eclesiástica.)

La Voz.—Nuestra posición es notoria. Cuando Berenguer fusilaba en Jaca, y a los estudiantes, nosotros decíamos, llenos de ardor republicano: "¡Prudencia! No nos cansaremos de recomendar prudencia a los de arriba, a los de abajo y a los de en medio." Hoy decimos lo mismo. ¡Prudencia! ¿Qué nos importa eso de las responsabilidades?

Informaciones.—Ustedes saben que March tenía ya negocios en Marruecos durante el virreinato de Berenguer. Razones de elemental delicadeza nos mandan abstenernos de emitir juicio alguno.

El Sol.—Berenguer fué muy amigo de algún amigo nuestro. Lo menos que podemos hacer es mantenernos silenciosos.

Ahora.—Nosotros nacimos ciervistas. Cierva fué una y carne de Berenguer. ¿Qué diríamos de Berenguer, si aquella reconquista hizo buena al mismo derrumbamiento?

Heraldo de Madrid.—Hemos escrito mucho de eso. Y a lo escrito nos atenemos.

La Epoca.—¡Ay! El Gobierno del desastre era conservador. Y el de la reconquista lo dirigían Maura y Cierva.

Diario Universal.—A Berenguer lo hizo hombre Romanones. También Romanones le hizo alto comisario. ¿Cómo ha de parecerse Berenguer responsable de nada?

El Imparcial.—Este periódico es hoy cosa de banqueros. Y a los banqueros del Banco de Crédito Local nos trató Berenguer como amorosa nodriza. Berenguer es un santo con espuelas.

El Siglo Futuro.—Berenguer sólo es culpable de haber dejado vivo un solo español. Si merece castigo duro es por no haber fusilado a las cuatro quintas partes de los españoles, cuando menos.

La Libertad.—Nos gusta ser muy ponderados, no ponderamos cada día. No queremos, pues, echar leña al fuego.

La Tierra.—Amigo FRAY LAZO: Por unas o por otras cosas, ustedes y nosotros estamos solos en esto de pedir que hallen castigo las culpas de Berenguer. Es decir: solos... con el pueblo. Y verán ustedes cómo es el pueblo quien pondrá las cosas en su punto, aunque haya constituyentes que pidan flor de azahar en cuanto oyan la palabra Convención. ¡Con lo convencionales que nos están resultando estos parlamentarios!

FRAY LAZO.—Desde 1921 está en el aire la bandera de las responsabilidades de Annual, ¡de Annual, señores diputados olvidados! Por cubrir esas responsabilidades de Annual, ¡de Annual, señores políticos!, la Monarquía se puso fuera de la ley y trajo la Dictadura. Por lo de Annual, ¡señores con indigestión de juridicismo!, España padeció los ocho años de Dictadura y vino la República. Por lo de Annual fueron fusilados Galán y García Hernández, porqué, de haberse hecho justicia, en 1921 se habría fusilado al que luego los fusiló a ellos. Por lo de Annual sobrevinieron los primeros disturbios de la República, cuando el Consejo de Guerra y Marina quiso impunitizar por segunda vez al nombre de las 14.000 muertes del desastre y de las 15.000 de la reconquista. En fin, señores desmemoriados: por lo de Annual pueden pasar todavía muchas cosas. No lo olviden ustedes. Y al bien entendedor, ¡salud!

El milagro de Sor Estefanía

—¡Come here, miss!

Y el aya, sofocada y nerviosa, por la desobediencia de Consuelito, en vano se esforzaba con lo imperativo del gesto y la acritud de su voz en imponerse a la discolia, que seguía riendo, burlona y agresiva, sin dejarse atrapar, mientras disparaba contra la irritadísima institutriz el agri dulce fruto de los zarzales, que al hacer blanco en las albas vestiduras las teñía de grandes lunares morados.

Consuelito era la muchacha más regocijada y aviesa que pudo engendrar madre alguna. Sus dieciséis abridos floridos eran otros tantos cascabeles bullangueros, sin cuya loca algazara parecía no poder vivir. Esto realizaba el encanto de su cuerpecillo andrógino y su rostro de efobo, donde todas las malicias inocentes florecían en una sonrisa de eterna burla.

Pero si aquella frivolidad y aquella imperecedera alegría eran el conjuro para captarse las simpatías y el afecto de los extraños, no así para sus padres, los muy nobles marqueses de Tapadillo, que quisieran verla más adusta y circumspecta, como, según ellos, correspondía a una distinguida aristócrata, a quien destinaban como marido el poseedor de uno de los más rancieros títulos de Castilla.

Pero en balde hacían reconvenciones a Consuelito. Aquella chiquilla dijérase un injerto en rapaz desvergonzado, tanto por la asexualidad de sus curvas, que ella no cuidaba de realzar, como por las travesuras que imaginara. Ajena a toda coquetería, despojábase a lo mejor de la blusa, a pretexto de que tenía calor, sin preocuparse de que hubiera gente extraña junto a ella. Era de una inconsciencia deliciosa, que solía poner en grave apuro a sus padres, feligreses convencidos del culto a todos los prejuicios. Lo que más inquietaba a la marquesa era el desdén que Consuelito tenía para la cuestión religiosa. Y tanto llegó a inquietarla lo que llamaba herejía de su hija, que los esposos hubieron de decidir, de común acuerdo, reclamar el auxilio espiritual de una monja amiga para que encauzara aquella oveja descarriada hacia la fe.

Cuando la miss, convencida de que eran infructuosos sus mandatos, fué ante los marqueses en queja del desaguisado que la muchacha hiciera en sus vestidos, acababa de llegar Sor Estefanía, a quien el matrimonio hacía historia de las ligerezas de la muchacha.

—Oh, no creo que sea tan rebelde!—decía la monja con equívoco sonreír—. Ya verán cómo se corrige. Nada mejor que la dulzura...

Desde aquel momento, la institutriz delegó sus funciones preceptoras en Sor Estefanía, que para sondear el ánimo de Consuelito, encerróse con ella en su dormitorio...

Fama tenía la Sor de hembra talentada, y a su elocuencia debíase el que en su convento hubieran ingresado gran número de jóvenes casaderas a quienes rondaban inmejorables "partidos". Decíase que la bastaba un par de horas para llevar al místico redil a las que más aversó tuvieran al monjio. Gracia era esa que el clero reputaba de divina, y por la cual no sería extraño la canonizaran a su muerte. Consignado esto, a nadie parecerá extraño que los marqueses, olvidados de la discreción, fueran de puntillas hasta la puerta para escuchar los mágicos argumentos de la santa...

Las voces eran quedas, entrecortadas por la emoción, con largos suspiros... pero nada podía oírse.

—¿Oyes tú?—decía la marquesa—. ¡Tiene un pico de oro!

—¡Parece que la conmueve! Ese suspiro tan profundo es de Consuelito...—asentía el marqués.

Siguieron escuchando, pero no consiguieron oír nada más.

La marquesa, enternecida por el milagro, decía a su esposo:

—Sin duda, la consuela, porque la niña se ha impresionado mucho...

Cuando Sor Estefanía y Consuelito salieron, el matrimonio preguntó anhelante:

—¿Qué, qué hay?

—Que Consuelito está decidida a ingresar en el noviciado. La he convencido de los goces que la aguardan entre nosotras.

—¿Tú qué dices, hija?—interrogó el padre, perplejo por aquel cambio tan radical.

Y Consuelito, encendida de rubor, respondió humildemente:

—Que esta misma tarde me marcho.

En tanto, la marquesa, atónita por el prodigio efectuado, comentaba para sí:

—¡Es una santa Sor Estefanía!

Luis de Alardiz

Perfumería China

Plaza del Angel, 17.—Colonias, extractos y esencias a granel. Colonia concentrada (especialidad de la Casa).
Visite exposición.

Ingenieros de caminos
Ingenieros industriales

HAY INTERNADO
Plaza de la Lealtad, 4
MADRID

ACADEMIA KRAHE

Siempre tarde, como los carabineros de Offenbach

¿Qué pasó el día que el Sagrado Corazón se dejó conmover por las novenas con que don Niceto y Miguelito preparaban la revolución? Pasó que buenamente se dejó irse al padre de los cuatro chicos de la veterana actriz. Y que el hombre se llevó las alhajas de la Corona, y como dice el Sr. Bujeda, una "jartá" de billetes de Banco.

El diez veces millonario D. Severiano, el quince veces millonario Pepito Calvo Sotelo, y los demás hombres de negocios de la Dictadura, sin excluir al hebreo Cambó, se fueron como les vino en gana. Pero no solos. En compañía de todos sus sólidos caudales líquidos.

El coro general de duques, marqueses, condes, etc., se fué siguiendo el lustre de las botas de su acaudalado señor. Y nadie tuvo cuidado de impedirles sacar los dineros que habían de darles, fuera, el lustre perdido dentro.

Lo mismo ejecutó alguna que otra ilustre dama, yéndose con el robusto "chauffeur" del enclenque consorte.

En fin, fué una huida general de capitales. Y cuando a España no le quedaba, en eso de capital, más que Madrid, el Gobierno resolvió cerrar las fronteras, y las Cortes determinaron abrir el proceso de las responsabilidades. "España y yo somos así, señora", como cantó el poeta de las veinte letras de la Marcha Real, poeta que aún no ha cantado la definitiva marcha real.

Pero como la República del Sagrado Corazón es como es, ni acuerda tomar

precauciones para que los opulentos millonarios de la Dictadura no puedan enajenar sus bienes, ya que se enajenaron ellos a tiempo, ni sabe siquiera si tendrá que juzgar en efígie a esa tropa.

Lo mismo sucede con las opulentas comunidades del género masculino, del femenino o del neutro, epiceno, común o ambiguo. El piadoso Gobierno sabe que Segura se ha entendido con el Papa, a fin de que el pio rebaño de padres, y madres pueda vender sus cuantiosas fincas, y ¡ya lo ven ustedes! Ni a tiros se decide a prohibir en la "Gaceta" esa pía maniobra, que se complementará invirtiendo las sumas en fondos extranjeros. Y ni a tiros se resuelven a meter en la cárcel a un pájaro gordo con pectoral y anillo, o con la venturosa cogulla. Los tiros se reservan para las extremas izquierdas cuando se declaran en huelga contra mamá Telefónica. Y el pectoral ya se lo dan a éstos en las celdas de castigo.

Da gusto con estos republicanos. Su balance impresiona. Lo de las manos limpias es verdad. No pueden presentarlas más vacías. Mientras, el pueblo mira.



Refranes políticos

Dios los cría, y el presupuesto los junta. Maura es fuego, Galarza estopa, viene el diablo y sopla.

Entre diputados, con verlo basta. Dime de cuántos casinos te haces socio, y te diré lo que sacas.

Piensa el chupón que todos somos de la situación.

Escenas de hogar

En casa del señor Ossorio y Gallardo.

—¡Qué bonita cotorra!

—La hemos querido mucho, porque era una monada. ¡Si hubiera usted visto cómo gritaba "¡Viva la República!" La pobrecita se murió, y nos la disecaron para conservarla siempre.

El nietecito del señor Ossorio, llorando. ¡Ji... ji... ji...

—¿Qué tienes, hijo mío?

El niño.—Quiero que cuando se muera el abuelito le rellenen de paja para tenerle encima de la mesa. ¡Ji... ji... ji...



Hermanos, pero no de sangre

Hace años estaba estudiando un joven para cura, le tocó la suerte de soldado, y un hermano suyo se brindó a servir por él, e hizo su campaña.

Ahora ha muerto de párroco en un pueblo de la provincia de Albacete, y en agradecimiento dispuso antes de morir que le vendiesen al hermano que le substituyó en el ejército una pobre casa que posee para satisfacer una deuda que con él tenía, y que el importe se le entregue al ama de sus días y de sus noches, juntamente con toda su fortuna.

Eso es muy natural y muy clerical, aunque inmoral.

Hay pocos curas que se porten bien con la familia que Dios les dió, y muchos que se desviven por la que ellos se buscan.



La cuestión agraria



La cuestión sagraria

URGENTES PROBLEMAS DE GOBIERNO

"Mónita Secreta" de los jesuitas

CAPITULO TERCERO

Cómo deberá conducirse la Compañía con los de grande autoridad en el Estado y que en caso de no ser ricos podrán prestarnos buenos servicios.

1.º Queda consignado que se debe hacer todo lo posible para conquistar y catequizar a los grandes; pero es preciso también ganar su favor para combatir a nuestros enemigos.

2.º En primer lugar hay que inducirlos religiosamente hacia el desprecio de los bienes y pompas terrenales. Hacer como que aprendemos de su autoridad, prudencia y consejos; y finalmente, tenemos que valernos de sus nombres—si para ello nos inspiran suficiente confianza—para la administración de bienes temporales.

4.º Es necesario utilizar en todo lo posible a los obispos, prelados y demás superiores eclesiásticos, según la manera de ser de cada uno y según las inclinaciones que cada uno enseña.

5.º En algunos puntos será suficiente conseguir de los prelados y curas que hagan lo posible por que sus súbditos respeten a la Sociedad, y que no estorben el ejercicio de nuestras funciones, en aquellos en que tengan mayor poder, como en Alemania, Polonia, etc.

Será preciso manifestarles las más distinguidas atenciones para que, mediante su autoridad y la de los príncipes, los monasterios, las parroquias, los prioratos, los patronatos, las fundaciones de misas y lugares piadosos, puedan venir a nuestro poder, lo que conseguiremos con mayor facilidad allí donde los católicos se hallen mezclados con los herejes. Es necesario hacer ver a tales prelados la utilidad y mérito que hay en todo esto y que nunca se saca tanto de los clérigos ni frailes, para provecho de todos. Si se portan cual nosotros queremos, es preciso alabar públicamente sus nombres y aun por escrito, y perpetuar la memoria de sus acciones.

6.º Para esto es preciso trabajar con el objeto de que los prelados echen mano de nuestros padres para hacerlos servir como confesores o consejeros. Y si los prelados aspiran a mayores cargos en la corte de

Roma, hay que apoyarlos con todas nuestras fuerzas y con todas nuestras influencias.

7.º Cuando los prelados y los príncipes instituyan colegios o iglesias parroquiales, los nuestros han de cuidar que la Compañía tenga facultades para nombrar en aquellos esta ble ci mientos vicarios con cargo de curas y que el superior de la Compañía lo sea también de aquellas instituciones. De este modo el gobierno de dichas iglesias nos pertenecerá y serán sus feligreses nuestros súbditos, pudiéndose entonces lograr todo de ellos.

8.º Donde los de las academias nos fuesen contrarios, donde los católicos o herejes estorben nuestras organizaciones, conviene valerse de los prelados y hacernos dueños de las primeras cátedras, pues así impondrá la Compañía sus necesidades.

9.º Sobre todo, será muy acertado procurarse la protección y afecto de los prelados de la Iglesia para los casos de beatificación o canonización de los nuestros, en cuyos asuntos convendrá, además, alcanzar cartas y recomendaciones de los poderosos para que la tramitación de aquéllas no sufra dilación alguna en la corte católica.

10. Cuando los prelados o magnates religiosos o políticos tengan que enviar representantes suyos a alguna Corte o Gobierno, los nuestros pondrán todo su ahinco y valer en que los favorecidos no sean enemigos nuestros que irían desacreditándonos por todas partes y ante el mundo. Si los comisionados pasasen por ciudades o provincias donde haya colegios de los nuestros, serán recibidos en



—Con la moral por arriba, con la moral por abajo, lo primero que ti encuentras son los postes del teléfono.

éstos con afecto y agasajo, y tan espléndidamente tratados que permita la modestia religiosa.

(Continúa)



Todos, lo mismo

—Venimos asustados.
—¿Por qué, vecinos de la villa de C...
pos, en las Baleares?
—Porque va a haber lucha al aire y lucha terrible.
—¿De fieras?
—No, señor, de clérigos: uno católico y otro protestante.
—Es igual; que no se atacan las f... con más rabia que los curas al disputar el dominio de las almas. ¿Y sobre van a discutir?
—Sobre religión.
—Estad prevenidos para no ser víctimas de ninguno; que lo que ambos proc... es vivir a costa de vuestra ignorancia.

SEÑORA...

las CREMAS DE COLORES MARMIX; el ROJO, para las mejillas, y los tonos VERDE, AZUL, MARRON y NEGRO para sombrear los ojos, no tienen ni parecido ni competencia...

Las CREMAS DE BELLEZA núm. 1 y núm. 2, para toilette, y la colección de los colores más adecuados al color de su piel en los EXQUISITOS POLVOS MARMIX, hace imprescindible el uso de los PRODUCTOS DE BELLEZA MARMIX a toda mujer que quiera realzar y conservar sus encantos.

De venta en las buenas perfumerías y droguerías de España los Productos

¿No probó a lavarse con la PASTA MARMIX?... Entonces no puede saber lo que es un cutis limpio. ¿No usó la LECHE MARMIX?... Tampoco sabe los efectos que produce al primer frasco, haciendo desaparecer pecas, espinillas, manchas y granos... ¿Y la CREMA MARMIX?... Apresúrese a su aplicación; que haciendo que la piel la absorba y dándose en los párpados superiores e inferiores, verá desaparecer las arrugas de los ojos, y la sobrebarba, y si aún no tiene defectos su rostro, evitará tenerlos... Quizá tampoco conozca

MARMIX

El XVIII aniversario de Sol y Ortega, asesinado lentamente por el Comité de Defensa Social

No hay un solo periodista republicano que, al recordar a Sol y Ortega en este XVIII aniversario de su muerte, no sienta unos deseos arcos de dar un salto atrás. Aquel hombre, maestro de españoles y de republicanos, estaba situado fuera de tiempo. Tenía un concepto tan claro del porvenir que sus videncias iban dibujando, poco a poco, todo el ardor de las realidades de hoy. Por esto digo que los periodistas republicanos quisiéramos volver hasta él para traérselo y colocarlo en uno de los frentes de esta bienvenida República.

La gente tiene un poco olvidado a Sol. Y los periodistas republicanos somos los obligados a desperpezar a la gente. Castelar era el arte de la palabra, y Pi y Margall el genio de la convivencia republicana, y Salmerón el filósofo de la libertad; pero hacía falta, en esta ilustre brega del republicanismo español, el hombre del "dos y dos son cuatro", y ése era Sol.

Fué tan grande su amor a la República, que se arruinó por ella. Fué tan íntegra su austeridad, que no quiso nunca que se hablara de ella. Y esta es una prueba terminante. La austeridad no se exhibe: se lleva. Y el que legítimamente la tiene, se la guarda.

En las redacciones de periódicos era Sol el más ameno de sus visitantes. Le horrorizaba actuar de caudillo; prefería conocer de cerca a los caudillos, ser su amigo y vivir sin los agobios del mando. Esta generación de periodistas ha conocido a Sol como un parlamentario formidable, como una figura de pasmoso prestigio; nunca como un jefe de nada. Si alguna vez, que fueron muchas, arrasó a las masas, estaba en esas masas todo el pueblo español. Y aceptar entonces un caudillaje hubiera sido tanto como quitarle la parroquia al soberano. Y de sobra sabía Sol que para acabar con la Monarquía lo único que hacía falta era que ese pueblo se decidiera a hacerlo por su cuenta. Y sin caudillos han llegado, para gloria de España y desagravio de la muerte de Sol y Ortega, la Revolución y la República.

Desagravio, porque a Sol le mataron, con mano airada, el rey y sus servidores.

—Don Juan, le siguen los pasos. Está usted amenazado—le decíamos los periodistas en la represión de 1909.

—¿Sí?—respondía Sol, que no podía creer en tanta maldad—. Pues no me muevo de Madrid. Así estaré más cerca de los que quieren fusilarme.

Porque, a raíz de haber sido acusado de incendiario, estaba Sol amenazado de alguna orgía sangrienta. El Comité de Defensa Social de Barcelona, lo más odio o del clericalismo español, se había acercado al Gobierno y al rey para que se llevase a cabo una ejecución que habría conmovido, por su monstruosidad, a todo el mundo civilizado. Este Comité, al mismo tiempo que

preocupaba el fusilamiento de Ferrer, de Baró y del "Carbonerillo", apercibía el de Sol y Ortega, quien figuraba ya en el libro negro de la inquisitorial entidad. Una fotografía, compuesta por ella, de los ataques de los revolucionarios barceloneses al convento de los jesuitas; una hábil e indigna superposición, presentaba a Sol y Ortega entre los grupos de incendiarios. Y aquel infame delegado del Gobierno y grotesco ministro después, que se llamó D. Javier Ugarte, se guardó la fotografía en el bolsillo y, de acuerdo con el resto del vampirismo monárquico, comenzó a hacer sus siniestras gestiones.

Tan graves eran las amenazas, que Sol y Ortega tuvo que marcharse a Francia; pero cuando pudo volver estaba su salud tan quebrantada, había sufrido tanto, aunque tan resignadamente, que la primera ventolera se lo llevó de este mundo.

¿Una enfermedad? ¡No! ¡Un asesinato! La Monarquía española había ejecutado tantos con la horca y los fusiles como con la insidia y la calumnia, protegidos por la histórica sangre, coagulada en púrpura, del manto real.

Los periodistas republicanos, que recordamos hoy al visitador de nuestras redacciones, al compañero de nuestras tertulias moceriles, al caballero intachable del chaleco de fantasía, humorístico amuleto de una vida de continuas inquietudes y de grandes



—¡Aunque quiera evitarlo, don Niceto, está visto que el pueblo es el que manda!

privilegios intelectuales, tenemos que rendirle este homenaje de fraternal compañerismo, diciéndole como Hamlet a la sombra de su padre: "¡Descansa! ¡Descansa!"

Arturo Mori



EL SANTERO MALAGUEÑO

Días pasados fué sorprendido en una taberna de Málaga, hecho una uva, un viejo "santero" o portador de esas imágenes que sirven para mover a domicilio la piedad de los fieles.

Esto recuerda lo de aquel sacristán que, después de la recaudación diaria, se metía con el Cristo en una "tasca" y entablaba el siguiente monólogo con honores de diálogo:

—Te lo conozco en la cara—le decía a la imagen—. Tú quieres que echemos una brisca, ¿eh? No tengo muchas ganas, mas por complacerte, vamos allá.

Y sacaba una baraja, y echaba tres cartas al Cristo y tres a él, y proseguía:

—¿A cuánto va a ser el juego? ¿A peseta? Bueno, como tú quieras. Empecemos. ¿Cuál carta deseas poner? ¿Este tres de oros? Bien. Ya está. Ahora echo yo estas del mismo palo, y tengo veintiuna. ¿Y ahora? ¿Este caballo? Pues has perdido; allá va el rey: veintiuna y siete, veintiocho.

Y así sucesivamente, hasta que dejaba al Cristo sin un ochavo. Y lo más gracioso era que luego solía decirle:

—Mala suerte tienes; no tendrás camisa hasta que no te quites del vicio.

La religión al alcance de la comprensión de todos

(Continuación)

Otra cosa ocurre, y es que: no habiendo ni hombres, ni animales, ni plantas, ni nada que necesitase dormir, es claro que Dios hizo aquella primera noche para dormir él. Resumen: el trabajo del primer día consistió en crear la luz, separarla de las nieblas, ver que era buena y destruirla, quedándose aquel Dios lo mismo que si no hubiera hecho nada.

Después de dormir tiempo suficiente, creo por segunda vez la luz. Esto no nos lo dice la Escritura, pero tampoco se necesita, puesto que si no la hubiera creado de nuevo no habría aclarado, y por lo tanto no habría empezado el segundo día, durante el cual hizo el firmamento en medio de las aguas (Vers. 6), y *dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento* (Vers. 7). De esto resulta que la traducción del padre Scío, diciendo que su Dios iba sobre las aguas, no es la verdadera; de lo contrario no nos habría metido a todos debajo del agua; pues, según las Sagradas Escrituras, lo que tenemos sobre nuestras cabezas no es el espacio sin fin, sino un firmamento bien firme y sólido que sostiene sobre sí una infinita cantidad de agua; y ahora comprendemos cómo era posible la manera como nos refiere el diluvio la Santa Escritura, que fué dejando correr las fuentes o grifos del Cielo sobre la Tierra, la cual, como era plana y estaba tapada con el firmamento, se fué llenando como quien llena una botella. Con la confección de esta cueva hecha dentro del agua, se dió el Dios de Moisés por satisfecho, y, apagando nuevamente la luz, dió fin el día segundo.

Llegamos a la tercera creación de la luz, o sea al día tercero, durante cuyo transcurso el trabajo fué importante, consistiendo en separar, en el lodo que formaba el suelo de la cueva del mundo, el agua de la tierra, formando los mares y continentes; además creó la hierba, los árboles y, en general, toda la vegetación, concluyendo con esto el día tercero.

No deja de ser notable el que el Dios de Moisés, que con tanta minuciosidad nos refiere la creación de las plantas y animales, olvidase por completo explicarnos cómo formó las montañas; porque, naturalmente, el suelo de aquella cueva, que era barro líquido, sería tan plano como un mar. Se dirá que Moisés ignoraba que las montañas son levantamientos de la costra terrestre por efecto de las fuerzas del fuego y los gases interiores; pero entonces, ¿en qué quedamos? ¿Es Dios o es Moisés el que escribió la Biblia?

Por cuarta vez se levanta el Dios de las Santas Escrituras, y por cuarta vez crea la luz para ver lo que va a hacer. Natural parece que, a fuerza de encender y apagar la luz, habría ya adquirido la habilidad de crearla brillante del primer golpe, sin tener que clarificarla de las tinieblas, como le sucedió la primera vez; pero, sin embargo, con objeto sin duda de ahorrarse aquel trabajo, *hizo Dios dos grandes lumbreras* (Versículo 16), una para alumbrar el día y otra para alumbrar la noche, o, lo que es lo mismo, el Sol y la Luna.

A lo que parece, aquel Dios creía que la Luna era una lumbrera como el Sol, porque ninguna diferencia nos dice existiese entre uno y otra, resultando así la Luna con luz propia, si bien Dios se olvidó de decirnos por qué, si esto es así, crece y mengua, y cómo es que, si la hizo para

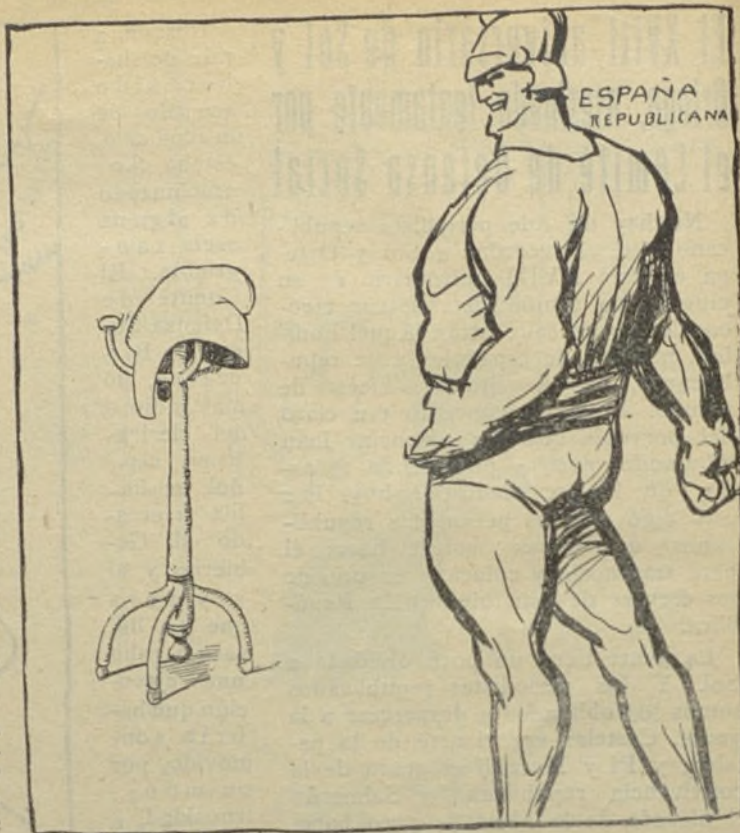
alumbrarnos por la noche, no lo hace más que unas cuantas noches al mes. (Ya hemos visto que los habitantes de la Luna tienen mucho más derecho a creer que nuestra tierra fué hecha para alumbrarles a ellos).

Pasemos al versículo 17, que dice: *Y púsolas en el firmamento del cielo*. Veamos si tal cosa es posible.

Según las Sagradas Escrituras, la Tierra es plana; démosle, pues, gusto a la Santa Biblia haciéndola plana, lo cual no se puede efectuar sino de este modo: tomemos la naranja de que nos hemos servido para otras demostraciones, cortémosla por la mitad, saquemos la carne de una de las mitades, no dejando más que la cáscara, que quedará de la misma forma que el solideo con que se tapan la coronilla vuestros sacerdotes; tomad esta media naranja hueca y ajustadla a la otra media, de modo que parezca otra vez la naranja entera. Meted la naranja así preparada debajo de agua, y tendréis la representación exacta de lo que el Dios de Moisés nos dice ser el Universo entero. La parte hueca de la naranja es la cueva en medio de las aguas, la cáscara hueca es el firmamento, y la parte llana de la naranja, que está debajo de la cáscara hueca y que naturalmente resulta plana, representa la Tierra llana de la Santa Biblia.

Ya tenemos la imagen de la creación de las Escrituras; ahora se trata de colocar el Sol dentro del firmamento. Siendo el hueco de la bóveda del firmamento igual a media Tierra, del mismo modo que el hueco en la naranja es igual a media naranja, claro está que dentro del firmamento no cabría más que un sol del tamaño de la mitad de la Tierra, y no sólo no habría sitio para la Luna, sino que aquel sol llenaría el firmamento hasta el punto de aplastar y quemar todas las plantas que Dios había creado el día anterior. Pero eso no es lo peor, sino que el Sol no es del tamaño de la mitad de la Tierra, sino un millón doscientas mil y pico de veces mayor que la Tierra entera y, por consiguiente, más de dos millones de veces más grande que el hueco del firmamento. Querer, pues, colocarle dentro, sería lo mismo que si dentro de la media naranja hueca quisiéramos meter una casa. Pues Moisés lo hizo, o por lo menos así nos lo dice en sus Sagradas Escrituras. Después de esto, el cuento del toro que se metió por el cañón de la escopeta, es una cosa muy natural.

Parece que con esto habíamos llegado al colmo de los absurdos; pues os equivocáis, porque el Dios de las Escrituras, a quien tanto trabajo estaba fabricar la Tierra, que tenía que descansar, haciéndola a trozos, formó de un solo golpe todos los infinitos millones de soles y mundos del Universo, y de esto nos informan las Sagradas Escrituras diciéndonos que "formó el Sol, la Luna y las estrellas" (Vers. 16), como



—A su hora yo te defenderé.

si estas últimas no tuviesen más importancia en el Universo que la que en un gran edificio tendría una pequeña veleta.

A pesar de ser las estrellas en número infinito y de ser miles de veces mayores que nuestro Sol, Moisés no tuvo inconveniente en colocarlas también dentro de la bóveda del firmamento; pero ¿para qué cansaros más mostrándonos los mil disparates de que la Santa Biblia está llena? Más adelante tendremos que citarla nuevamente.

Si dijéramos que nuestra Tierra y nuestro Sol son en el Universo como una gota de agua en medio de los millones de millones de gotas que componen los cientos de miles de leguas cuadradas de nuestros profundos mares, o si dijéramos que son como el átomo de polvo, apenas visible, que revolotea en un rayo de sol entre los millones de millones de millones de átomos de polvo que componen el enorme globo de la Tierra, todo eso que dijéramos no podría daros la idea de la insignificancia de nuestro mundo y nuestro Sol respecto de la creación infinita, porque la gota siempre sería una de los muchos millones de millones de gotas, el átomo de polvo sería uno de muchos millones de millones de millones de átomos; pero nuestra Tierra y nuestro Sol, con todas las demás Tierras que le rodean, no son ni aun eso, porque el número de mundos y soles no son muchos millones de millones, sino que es infinito número, es decir, que aun cuando eternamente vivieseis y eternamente contaseis, nunca llegaríais a contarlos todos.

Convenenos; no somos nada, absolutamente nada, y para esta nada os quieren hacer creer vuestros sacerdotes, con sus disparatadas Escrituras, que Dios hizo el Universo sin fin. Pero, ¿qué decimos? Su Dios no lo hizo; lo que su Dios hizo fué una cosa tan ridícula y tan absurda como lo son todas las ceremonias de su culto.

Pero continuaremos en días sucesivos con entusiasmo por mi parte, esta interesante revisión.

R. H. de Ibarreta.

La sobrina del cura

Yo—me da un poco rubor el confesarlo—me enamoré de la sobrina del cura párroco de Santa Doradía, y no sólo me enamoré, sino que estuve a punto de convertirme a la religión de mis mayores. Todo, claro es, que por milagro de amor y por mandato imperioso de unos ojos color de siena, un pelo rizado y azabachino y unos labios más rojos que la flor del majuelo.

Elena se llamaba y yo la llamaba ¡Ele!, que es muy castizo, y a ella la gustaba grandemente por ser madrileña y además nacida en la calle de Embajadores, que es, a no dudar, la cuna de lo chulapo y lo pinturero.

Su carácter, que era a su tipo, tenía preocupado al bueno de don Dima—que así llamaré al cura—, y las risas, los “timos” y “chuladas” que se dan cuenta decía la moza, vinieron a colmar la medida con las relaciones mantenidas con este mísero pecador y ser vidor de ustedes.

—¿Cómo? ¡Canastos! ¡Cuernos! ¿Conque un escritorillo? ¿Y de “La Hoja de Parra”? ¡Pucheta! Eso, no, no y no...

Algo debió de contestar Elena, por cuanto el clérigo gritó más y la prohibió terminantemente salir de casa; es decir, salía de mañana y temprano en su santa compañía.

—Ya lo sabes—añadió a la “bronca”—, mientras yo confieso, oyes la misa, pero cerca, cerquita de mi confesonario... ¡Pues, hombre! ¡Cómo! ¡Hasta aquí podían llegar las cosas!

Así se hizo. De lejos podía yo verla; nunca de cerca, pues aunque la iglesia es de todos, una vez que me atreví a llegar junto a ella, salió el berrendo de su cuchitril como un toro... ¡¡Jesús, María y José!! y por poco no me mata.

¡Qué desesperación! Ella me escribía valiéndose de una piadosa mujer que era vendedora de cosas santas a la puerta del templo, y por este semidivino intermedio pudimos enterarnos de nuestros respectivos sufrimientos.

“Yo te adoro y esto no puede seguir así; un día te cojo delante de las reales narices de tu señor tío, y te llevo a mi cuarto de estudiante, de poeta, de bohemio... Serás mi musa: en tus besos hallaré inspiración; en tu mirada alentares para luchar...”

Elena era sentimental como “todas” las chulillas, mis paisanas, y encontró muy de su gusto el proyecto, pero... ¿Sería yo capaz de arrostrar las consecuencias de un escándalo? ¿Sentía verdaderamente lo que había escrito?

Así las cosas, pasaron muchos días. Mientras el viejo decía su misa yo subía hasta la puerta de su piso y por la mirilla—el cura cerraba y se llevaba el llavín—hablaba con Elena.

—¡Yo no puedo más!—decía llorando—. Te adoro; te quiero con locura; ¡ten paciencia!...

—¡Ay, mi Nanín!—así me nombraba—, un día me tiro a la calle...

Lloraba ella con desconsuelo, y yo juraba sordamente contra esos hombres que porque ellos no pueden gozar de amor, prohíben o a lo menos anatimizan el amor.

—¿Me quieres mucho?

—¡Más que a mi alma!

—¿Y serías capaz de todo por mí?

—¡De todo!

Loco, desesperado, me di a pensar en la solución del problema, y, es claro, cuanto más me afanaba por hallarla, más difícil la veía.

—¡Es un paso difícil! ¡Hay que robarla en la misma iglesia!...

El pequeño fraile, que todos los de esta tierra llevamos dentro, reprochaba mi acción, y, sin embargo, un seudofrailecico me ayudó en la empresa.

Era un mi amigo, un compañero de letras; ahora que él escribía para los papeles místicos y bibliotecas de “tocino del cielo”. Le expuse mi idea, le pinté mi amor, le juré la pureza de mis intenciones y le convencí de tal modo y forma que la solución que tanto anhelaba floreció en su cerebro puro y brotó de sus labios piadosos.

—Dios, al instituir los Sacramentos, no dió preferencia a ninguno; igual se le sirve en éste que en aquél.

—¡Claro!—dije yo “casi” convencido—. Si ese padre de almas, por un mal entendido fuero, lleva a su sobrina al suicidio, se condena ella... y él.

—¡Y él! ¡Natural!

—Y como tú la quieres honradamente y cristianamente, ¿te casarás por la Iglesia?

—¿Qué duda cabe? Por la que ella quiera.

—¡Entonces, cuenta conmigo!

En un café de camareras uit mamos el plan.

¡Diabólico! ¡Satánico! ¡Juro solemnemente que yo, ateo y “descomulgado”—como dice la gente de “mi oficina”—, no hubiera sido capaz de pensar tal cosa.

Me avisté con mi amada, la conté los detalles, y el temor mío desapareció ante su firmeza.

—¡Tu amigo tiene mucho talento!—me dijo—. Y yo, que nunca lo creí, tuve que confesar que mi amigo era más grande que Arquímedes y Colón en una pieza.

El día siguiente era el señalado para el rapto.

Muy de mañana fui a la iglesia; tras un pilar me oculté. Una vieja me miró con desconfianza; un monaguillo, que ya me conocía, me pidió un pitillo.

¡Qué zozobra! ¡Qué angustia! ¡Qué poco corre el tiempo cuando se espera!



—¿No te parece que exageran Perico, Leopoldo, Javier, Juan, Manolo y los otros?

—Sí, hombre. ¿Qué más va a hacer el Gobierno por nosotros que no meterse con nosotros?

Por fin, llegó Elena. ¡Qué guapa! El viejo cura se introdujo en el santificado cajoncito, y ella, muy cerca de él, púsose a rezar, lo que no impidió que ojeando, ojeando, me viera y me dedicara una sonrisa.

Una vieja se acercó al confesonario; mi amigo rezaba junto a ella.

Ya la anciana terminó de relatar sus culpas, y ya mi amigo, de rodillas, junto al sacerdote, disponíase a confesar. Cerca, muy cerca, puso su cara de la vieja, que, inocente, le abrazó, y entonces el descreído, el ateo, el excomulgado, se dió a temblar, y en poco estuvo que saliera huyendo; pero unos ojos de siena y unos labios de coral me llamaron, incitadores...

Levantóse la moza con presteza y vino a mí. Salimos. Un tranvía nos llevó veloz, lejos del templo, en el que mi amigo el periodista católico confesaba todo menos la acción que acababa de cometer.

El cura, temeroso de un escándalo, calló.

Yo fui feliz con mi adorable chul-

Las obras teatrales de

FERNANDA DE VALARINO

Editadas por la «Librairie Theatrale». 3 rue de Marivaux París

y repartidas en ocho tomos, titulados: *Frivola, Je veng un duc, Nerón l'his-trión, Le cygne, Muguelle, L'amour pour l'amour, Cupidon ravi y La loi qui tue*

Se encuentran en las librerías de Fernando Fe, Puerta del Sol, 13; Beltrán, Príncipe, 16, Madrid; Ameller, Unión, 9, Barcelona, y en todas las principales librerías

lla. Mi amigo, nuestro amigo, gozaba con nuestra felicidad.

—Verdaderamente—decía entristecido—, mi acción es buena, pero el procedimiento es condenable. Sólo el Papa puede absolverme. ¡Tengo que ir a Roma!—decía con marcada tristeza.

Han pasado dos años.

La felicidad ya no me sonríe; la chulilla, la sobrina del cura párroco de Santa Doradía, ha dejado de amarme. y Paco Robles, mi fiel amigo, el poeta cristiano, tampoco se acuerda de mí; huyó, se fué a Roma, como pensaba, a confesar su sacrilegio, a arrepentirse de su acción; y, como testigo de todo ello, Elena se ha ido con él.

En el pecado lleva la penitencia, porque Elena, amigo lector, es sobrina de cura y... ¡basta!

Fernando Mola



COSITAS, COSAS...

¿Cómo cansan, cómo cansan las horas que van pasando, sin que a Albornoz se le ocurra nada, ni bueno ni malo.

Tengo un consuelo fatal en medio de mi dolor: y es que siendo malo Herrera, ¡otras veces es peor!

El vanidoso ex doméstico ayer pasó junto a mí... ¡Maldita sea la Higiene que nos prohíbe escupir!



MILAGRO AUTENTICO

Al bajar del tren, en Lourdes, una persona respetable reconoció en uno de los empleados a un antiguo discípulo suyo. Llegóse a darle un abrazo, y, charla que te charla el discípulo, refirió al maestro casi todo lo que le había ocurrido desde que no se veían.

—¿Y no has presenciado ningún milagro?—
—¡Diablo! Sí; he visto un milagro; mentiría si dijese que no.

—Cuéntame.

—Fué el año pasado. El tren se detuvo en la estación y tratóse de bajar a un desgraciado paralítico cuyas piernas se negaban a prestarle el menor apoyo. Los que le acompañaban, en vez de bajarlo por la derecha, que era lo regular, lo sacaron por la portezuela de la izquierda, que daba sobre la vía. Advertí su torpeza y corrí a ellos, gritando: "¡Eh! ¿Queréis que se haga añicos? Mirad el tren expreso que llega." A estas palabras veo que mi paralítico arroja bruscamente sus muletas y escapa a todo correr. Es el único milagro de que he sido testigo; pero éste es auténtico.

¿TIENE FE EL CLERO?

Pocos hombres habrá que no se hayan preguntado alguna vez: ¿Pero realmente creen los sacerdotes?

Conocido es el repetidísimo cuento del capellán castrense que, embeberchinado porque en toda una noche de juego veníanle siempre contrarias, exclamaba a cada mal paso:

—¡Que lo digo! ¡Que digo el gran secreto!

Y al perder la última peseta, gritó:

—¡El gran secreto!, señores, allá va: Todo lo que los curas enseñamos y parece que creemos es una solemne mentira.

Contra esta anécdota refiérese otra:

Una señora protestante admiraba el celo y virtudes de cierto cura católico; pero desconfiaba, preguntándose: ¿no podría ser todo ficción? ¿Un hombre de talento como éste había de creer en eso de la Eucaristía?

Y obstinada, como buena inglesa, halló manera de ocultarse en la iglesia cuando estaba cerrada.

Entró en ella el sacerdote, creyéndose en absoluta soledad, y... ¡hermoso espectáculo para la señoral! El siervo de Dios hizo ante el Sagrario las mismas genuflexiones que hacía ante el público, pos-trándose luego reverente, y estuvo largo tiempo en silenciosa oración, saliendo al cabo después de repetidos los acatamientos hechos al principio. La señora se hizo católica.

Nosotros podemos decir con la mano puesta sobre el corazón, que hemos presenciado más de una y de diez veces hechos como éste.

Una noche, por circunstancias que no son del caso, hubimos de quedarnos ocultos en el coro de cierta iglesia, en espera de salir, de allí con alguien que vendría secretamente a buscarnos. De pronto sentimos pasos; no venía quien creíamos, sino dos sacerdotes. Uno de ellos se sentó, el otro se puso de rodillas a sus pies, y nosotros, conteniendo el aliento, nos dispusimos a escuchar.

Era una confesión en la sombra, sencilla, leal y completa; bien se conocía por el acento y por el contenido. Hubo comprensión, caritativo, penitencia, absolución; después ambos se alejaron. Indudablemente, por lo menos el que se había confesado tenía fe y mucha; la confesión entre curas no era una farsa.

Pero, ¡ay!, que al lado de estos casi siempre ignorados ejemplos hay otros bien públicos y deprimentes, cuya explicación no puede ser otra que una falta absoluta de creencias.

Y debemos declarar que esos hechos, producto más de la incredulidad que acaso de la perversión, quienes más frecuentemente los ofrecen son los miembros del alto clero. En el clero bajo, si es fácil notar grandes defectos, no son inconciliables con la fe, apenas se ven esas enormes maldades, esos crímenes y abominaciones, por desgracia, frecuentes entre los primates eclesiásticos. Lo decimos sin pasión alguna, porque los hombres

dignos del alto clero que conocemos nos inspiran el más sincero respeto.

Es más, creemos que el número de éstos, cuyas virtudes pasan en silencio, sea mayor que el de aquellos tan nocivos a la causa de la religión. Los hechos punibles de tales hombres son muy públicos, sus consecuencias desastrosas. Necesaria es una gran firmeza en las convicciones religiosas, para que viendo esas enormidades no vacilen al golpe de esta negra sospecha:

¿Creerán los sacerdotes? Y si ellos, que conocen la ley y sus fundamentos, no creen, a juzgar por sus obras, ¿quién creerá? ¿Los infelices sacerdotes de alma sencilla? ¿Los tontos? ¿Será la fe un instrumento de dominio sobre todos nosotros, en manos de una raza privilegiada de grandes escépticos? ¿Quedará la religión llena de austeridades, para patrimonio de los pobres clérigos inferiores, y los altos puestos, escalados por malos medios, ofrecerán sus bienandanzas sibaríticas sólo a ciertos privilegiados bribones? Sería éste un cristianismo como las iniciaciones hieráticas de Egipto, con una doctrina para la plebe, otra para los iniciados; un sistema inspirado en Maquiavelo, llegando a las brutalidades de Nietzsche, proclamador de una raza sin fe, sin justicia y sin moral, oprimiendo a la humanidad entera: sería todo eso, pero no el cristianismo de Cristo.

Cabe pensar todo esto en vista de frecuentes maldades de los príncipes del clero, imposibles ya de ocultar, evidentes. No somos tan puritanos o desconocedores del corazón humano, para no excluir la inmensa multitud de errores, pasiones, prejuicios, corruptelas, vicios, pecados, crímenes, si se quiere, compatibles con la fe, una fe muerta que no va acompañada de las buenas obras. Somos débiles e imperfectos. Ya lo dijo San Pablo: "Conozco lo bueno y lo apruebo, pero sigo lo malo."

No, no hablemos de eso, ya descontado, sino de lo que no es posible más que fallando por completo las creencias fundamentales en la otra vida e inmortalidad del alma, en un Dios remunerador y en la verdad de la revelación cristiana.

Llamaron simonía al delito de adquirir con dinero regalos, servicios, obsequios o adulaciones, un beneficio, cargo u orden eclesiástico. Para la Iglesia es un crimen y, en virtud de sus divinas facultades e infalibilidad, declara nula toda provisión simoniaca y robados los frutos que produzca al culpable, quien no puede ser jamás absuelto de sus pecados sin restituir hasta el último céntimo.

Pues bien; casi todos los obispos españoles y la mayor parte de los canónigos han adquirido sus cargos por simonía, y simoniacamente venden muchos prelados los beneficios que de ellos dependen, sin que se dé el caso de una restitución ni aun en la tremenda hora de la muerte. ¿Creerán en la otra vida y en la divinidad de la Iglesia?

Roque de Mola

MUEBLES

de los más originales estilos.
Comedores, despachos, dormitorios. Fabricación propia

CARRERO

Envío a provincias - Exposición permanente: Barquillo, 15. MADRID

DONDE ESTA EL PELIGRO ES EN NOSOTROS

Francamente declaro que tengo miedo, un miedo insuperable, un miedo que me quita el sueño y que me entristece el ánimo y que me deprime el espíritu; pero lo que me intimida, lo que me atemoriza, no es la audacia del adversario, ni el peligro de la lucha, ni el riesgo posible; es la cobardía nuestra, la propia inconsciencia, la despreocupación y la insensatez de que estamos dando pruebas inequívocas.

Muchos años, toda mi vida, desde que chicuelo de pocos lustros, porque no llegaban a tres, andaba a garrotazo limpio por las calles con las juventudes mauristas, no ha habido, grande ni chico, movimiento, conspiración o "complot" en que yo no interviniera personal, activa y entusiásticamente. ¿Resultado de esta actuación revolucionaria? Ya te la puedes figurar, amigo lector: persecuciones de la Policía, registros, multas, cuestiones personales, procesos, un montón de meses en la cárcel, escondites, etc., etc. Y, sin embargo, los golpes me los aguantaba sonriendo, las molestias las sufría estoicamente y las cárceles no lograron quitarme ni un minuto el sueño.

Y es que para todo ello tenía el estímulo del ideal político compartido con muchos hombres, la mayoría de ellos muy superiores a mí en merecimientos y condiciones, y la esperanza de que al final de tantos sinsabores traeríamos a nuestra Dulcinea la República, como así ha ocurrido.

¿Por qué—se me preguntará—tanto desaliento ahora en hombre antes tan animoso?

Pues te lo voy a decir, lector amigo y correligionario. Estoy acobardado porque se me han achicado mis candillos y porque quienes están en el deber de continuar con gallardía la obra iniciada han perdido el ritmo y caminan ahora vacilantes y claudicantes.

Sé muy bien lo que representa una disciplina de partido, y en el que milito soy constante y obediente afiliado; pero por esa misma adhesión a los principios de un credo político es por lo que estimo que los republicanos todos estamos incurriendo en los males de una absurda pusilanimidad o en los fatales errores de una conducta contraria al dogma democrático y a las conveniencias revolucionarias.

No puedo olvidar jamás que quienes figuraban a la cabeza del movimiento que derrocó a la monarquía, hombres todos ellos capacitados para una labor renovadora y fecunda, tenían soluciones concretas y radicales para los problemas básicos de la política española y en su ánimo estaba la total, la absoluta reorganización de los servicios públicos, de todos aquellos resortes del Poder que debían, como era lógico e indispensable, venir a las manos de quienes

traían la República y tenían el sagrado deber de consolidarla, arrancando de raíz, inflexiblemente, cuanto constituyese un peligro para el nuevo régimen. Era sabido que el Gobierno provisional, aquel Comité revolucionario en el que todos pusimos nuestra confianza, tenía como un imperativo ineludible la exigencia de las responsabilidades y la severa sanción de éstas; debía, asimismo, y sin aguardar a nada, solucionar conflictos y problemas con la máxima energía, al margen de las leyes si las leyes aún no reformadas se oponían a ello.

No es el Gobierno actual un gobierno de partido, ni siquiera un gobierno de determinadas tendencias políticas, sino que en el banco azul están representadas todas las fuerzas que lucharon contra la monarquía, a excepción de aquellas que por su propia ideología no pueden gobernar.

A mi juicio, todos y cada uno de los ministros han aportado la mejor y la mayor buena fe, no hay ninguno que no merezca aplauso; pero tampoco hay uno que no sea un tanto acreedor a la censura, ya que hasta los que más labor radical han realizado todavía dejaron en el tintero cosas fundamentales y de vital importancia.

Así ha pasado con Azaña. Este hombre, a quien la República nunca perdonará lo que está haciendo, ha dejado, sin embargo, en los puestos de mayor peligro y compromiso monárquicos rabiosos, y en sus reformas militares, realmente revolucionarias, se da el caso paradójico de que se han quedado en filas los del viejo régimen, los alfonosinos, los de la Dictadura, y en cambio se han ido a la calle los republicanos que se jugaron la carrera, la libertad y la vida conspirando. Tres cuartos de lo propio ha pasado con la Marina, y de ahí que ejército y escuadra están, si no en manos, punto menos, de los partidarios de la realeza.

Admirable por el talento, por los propósitos y por muchas disposicio-



El obispo al periodista del Norte.—Pues si les prohíben a ustedes sus periódicos, ustedes sacan *El Murciélago*, ¡y a luchar!

nes el gran don Fernando de los Ríos, a quien no vacilo en calificar de bueno y de sabio; pero de él esperábamos todos medidas más izquierdistas y un criterio más democrático y más severo en su departamento. Encuentro demasiado condescendiente con la Iglesia a este ilustre socialista, ministro de la República, y, al propio tiempo, me parece poco democrático y poco humano y, a la vez, excesivamente blando su proceder con los presos políticos y los detenidos gubernativos. A un espíritu republicano, a un hom-



—Verán ustedes qué manera de mentar los vasos sagrados en cuanto me dé un martillazo.

bre que ha sufrido el dolor y la vergüenza de los encarcelamientos arbitrarios e ilegales, le tiene que repugnar que nadie, sea quien sea, y menos bajo un régimen de democracia, padezca el baldón y la ignominia de la prisión. A las cárceles no se puede ni se debe llevar sino a los que han sido condenados por tribunales de justicia. Un detenido debe pasar inmediatamente a la acción de los jueces, y mientras éstos no acuerden su procesamiento deben gozar de libertad.

Ni yo ni nadie que ame al derecho y a la justicia, que tenga espíritu humano, puede ver sin protesta a unos hombres, siquiera sean tan odiosos y merecedores de severa sanción, como Galo Ponte o Albiñana o Berenguer entre rejas, cuando existen tribunales y leyes con los cuales se les puede y se les debe castigar.

Magníficos son los gestos y las palabras de Lerroux, que nos prestigia en el extranjero, donde antes España era considerada a través de los Quiñones de León o de los Merry del Val; pero don Alejandro o no ha visto o no se ha decidido a barrer de embajadas, legaciones, consulados y despachos del Ministerio enemigos irreconciliables de la República que laboran incansablemente por el traidor y felón Alfonso de Borbón.

Lleno de talento y de honradez y de buena fe está Indalecio Prieto; pero en altos cargos tiene a su alrededor colaboradores de Calvo Sotelo y hombres funestísimos para la Hacienda española, y por eso no se sabe por qué razones los Monopolios no han encontrado en el ministro de Hacienda al temible y fustigador Indalecio Prieto de antaño.

Laboriosidad, espíritu de organización, sentimiento de democracia y amor a la clase trabajadora hay en Largo Caballero, y, no obstante, el Ministerio de Trabajo es un nido de upetistas que odian la actual situación de la política española.

Nada digo, de propio intento, ni del presidente ni del ministro de la Gobernación, ya que su significación de republicanos de la derecha justifica que mi extremismo me incline a censurar su espíritu conservador o sus procedimientos, no muy en armonía con los ideales de una democracia moderna y avanzada. Ya de antes sabían todos la manera de pensar y las creencias de don Niceto Alcalá Zamora y de don Miguel Mañá, y no hay por qué llamarse a engaño.

Bien quisiera, y este es el único pero que encuentro en la labor de Marcelino Domingo y Alvaro de Albornoz, que Fomento e Instrucción se limpiasen de monárquicos y reaccionarios, y que las economías no rezaran con uno y otro departamento, porque cuanto se gaste en obras públicas y en cultura, además de pan y bienestar para los que trabajan, es riqueza para el futuro.

Y si esto pienso del Gobierno, ¿qué no opinaré del Parlamento?

Aun dentro de un optimismo, al que me aferro como a áncora de sal-

vación, no puedo desecher el temor de que las Cortes no sean el fiel reflejo de la opinión pública, no porque crea que la representación popular se ha falseado, sino porque los diputados me parecen alejados del pueblo y cohibidos ante las responsabilidades, como si ellas les alcanzasen y como si aun en el supuesto éste, no fuera un deber sagrado hacer frente al problema con la más firme resolución. Me desconsuela

un tanto el exceso de espíritu gregario de algunas minorías, cuyos jefes las mueven como el rabadán a las ovejas, con el cayado.

Dijo un sabio parlamentario que no eran tolerables ni el payaso, ni el tenor, ni el jabalí, y se olvidó del carnero y el cabrito, que hacen muchísimo más daño que aquéllos.

A unas Cortes revolucionarias a las que les asuste la palabra Convención o les inspire temor tener que aplicar las leyes que fabrican, no se les puede confiar gran cosa. Además, ¡los extremismos políticos tienen tan pobres y desmembrados voceros!

Por esto tengo miedo. De otra suerte, rumores y amenazas me harían reír, porque estaría seguro de que a las bravatas o locuras montaraces monárquicas responderían rápidas y eficaces medidas de gobierno, y los buenos republicanos, que sólo vivimos y tuvimos la preocupación de derribar el trono para entregar la soberanía al pueblo, seguiríamos defendiéndola con toda nuestra alma, con nuestras plumas, con nuestra palabra, a tiros en las calles si ello fuera menester.

Honradamente creo que no es hora de apoltronarse, ni aun siquiera de actitudes defensivas, sino de atacar al enemigo con la mayor resolución y energía; de lo contrario, la República no caerá para que suba Jaime III o Juan no sé cuántos o el rey felón, pero caeremos en el caos en lugar de ir avanzando firme y rápidamente.

Por esto tengo miedo...

Antonio de Lezama



Las víctimas de la Usura (con mayúscula), esperando que las intervenciones parlamentarias de Galarza le permitan actuar.

CELEBRANDO EL PACTO

O más propiamente dicho, "el pasto". Diálogo por teléfono, escuchado el viernes pasado en un cruce.

Un gobernador y un director general. —Parece un sueño, chico. Hay que ver cómo estábamos el año pasado por ahora.

—Sí... ¿Recuerdas?... La patrona, el sastre, el zapatero... Tú ya no tenías casa donde dormir, ni traje que ponerte, ni botas...

—Es verdad. Recuerdo que me puse unos zapatos del ministro, que me apretaban y me hacían cojear, lo que me obligó a decir a los amigos que, al tirarme por un balcón, huyendo de la policía, me había torcido un pie.

—¡Oh, las conspiraciones!... Ellas nos permitieron siempre sacar algún dinero. Y cuando no, por lo menos nos sirvieron para pasar una temporada en casa de un amigo, donde lo hallábamos todo pagado, a pretexto de que nos perseguían.

—¡Pero ahora!... Yo ya me he hecho socio del Casino. Digase lo que se quiera, por allí va muy buena gente. Gente de orden, adinerada... También me he comprado un solitario que me ha costado siete mil pesetas.

—Oye... Pero yo pienso algunas veces: ¿No será que estamos soñando y despertemos, de un instante a otro, hallándonos conque todo lo hemos perdido?

—¡Calla, calla!... ¡Tú desvarías, tú eres un derrotista de la República! Otra vez la patrona, el sastre, el zapatero... ¡Qué horror! ¡No, no!... ¡Calla, calla derrotista, antirrepublicano!

El poncio, calla. Es de suponer lo que piensa el poncio, que era célula, ¡y se ve personaje!

¡ABAJO LOS FRAILES!

Es el grito nacional de actualidad. El pueblo comprende que el fraile es la causa del aplanamiento moral y de la pobreza que nos ahoga. Cincuenta años largos de restauración, bajo la cual el fraile ha educado a ocho generaciones, no podían producir otro efecto.

Como ha dicho Pérez de Ayala, el fraile deprime, castra, embrutece y deforma a los que educa: los hace cobardes, soplones, crueles, meticulosos, hipócritas, pérfidos, ingratos y... acaso, estetas.

El fraile se había posesionado más de España que de otro pueblo alguno a favor de las luchas con los árabes.

Cuando nos vimos libres de éstos, caímos en poder del fraile, y, como es el campeón de la mística, la nación guerrera durante ocho siglos fué devota y extática durante cuatro, en los que mirando al cielo y oyendo a Santa Teresa perdió la mitad de su dominio político en la tierra y además el intelectual y la capacidad de entrar en la vía del progreso.

De aquí el atraso que lamentamos.

Con trabajo pudimos echar al fraile al rechazar el absolutismo; pero mientras la corta ausencia de éste, el fraile conspiró por volver, y cuando reapareció el absolutismo en la restauración volvió el fraile, encontrando aún bastante abonado el terreno.

Cuarenta años eran poco para esterilizar todos los gérmenes monásticos de una tierra en la que tantos siglos vivieron.

El fraile, empero, es ya aquí harto conocido.

Tiene un defecto que le perjudica. Es brutalmente impaciente, confiado y terco.

Apenas lleva un año en cualquiera parte, se cree el amo indiscutible y se descubre haciéndose aborrecible.

Los muchos fracasos que ha sufrido no le hacen escarmentar; es como es, o no es.

Y lo que el fraile es puede sintetizarse en una palabra: "fraile es fraude"; es exageración y mentira.

Quitad del monaquismo las mentiras y no quedará nada. La mentira es el fundamento de su vida. Casi todas las grandes falsedades que han dificultado la marcha del cristianismo, obra son de los frailes.

La primera mentira es la del origen que se atribuyen. Llámense de fundación divina y clero regular, pero Jesucristo no fundó frailes ni monjas; ni sombra de estado monástico se ve en el Evangelio.

Los apóstoles tampoco.

Los santos Padres apostólicos tampoco.

Se ha dicho que los Carmelitas fueron fundados por los profetas del Carmelo, sucesores de Elías; insigne mentira, hoy probada. Los primeros Carmelitas datan del siglo XIII.

Los Agustinos pasan por fundación

de San Agustín, y ellos, con muchos otros, se glorian de observar una regla escrita por el gran obispo de Hipona.

Mentira, mil veces mentira. San Agustín no fundó frailes, ni monjas, ni nada; sólo escribió una carta con varios consejos para vivir reunidos los canónigos de un Obispado. Habíase conmovido algo con las hazañas que le contaban de los solitarios del desierto, a quienes no vió ni quiso ver jamás, y cuyas austeridades se guardó muy bien de observar ni hacer observar a nadie. Era demasiado culto para dar en tales aberraciones.

Eso de "clero regular" es una mixtificación. No hay más clero que uno, el que hoy se llama "clero secular".

Jesucristo no instituyó más que un sacerdocio, y ése "para vivir en el siglo", no retirado ni conventuado.

Los primeros obispos y sacerdotes, esto es, los apóstoles y sus discípulos, fueron casados y vivieron con su familia; en el mundo y no en conventos. El primer Papa, San Pedro, fué casado y vivía en su casa.

El fraile, si es clérigo, no lo es por su fundación, no de derecho, sino de "gracia"; la Iglesia le concede que se ordene; esto es todo, pero a condición de ayudar al clero parroquial.

Y, en efecto, el fraile lo esquilmaba. Esto no fué siempre así. Los primeros monjes no se ordenaban: el clero les daba los sacramentos.

Pasaron muchos siglos hasta que el monaquismo pudo conseguir que los obispos ordenaran a los monjes que les presentaban los abades.

Excepto algunas órdenes fundadas del siglo XVI en adelante, ninguna de las otras es de sacerdotes. Los mismos Dominicos, "orden de predicadores", no es necesario que sean todos presbíteros.

El verdadero origen de los frailes, de esos que hoy se llaman avanzadas, vanguardia y milicia del catolicismo, fué... ¿lo creeréis, lectores?, fué la cobardía, el miedo.

Todos los que por falta de valor ofrecían incienso a los ídolos, y luego eran muy mal mirados de los cristianos; todos los que se sentían débiles para arrostrar el martirio, se iban al desierto para huir de los cristianos valientes y de los paganos crueles.



|| Como ven ustedes, don Pedro Rico es un alcalde que se preocupa de las necesidades de su pueblo.

Allí vivieron primero como salvajes, luego se organizaron, viniendo valerosos a poblado cuando ya no había peligro, y por último, en el siglo VI, Benito de Nursia es el primero que funda verdaderos monjes con una regla menos bárbara que los procedimientos del desierto.

A ellos se deben todos los milagros falsos, las falsas tradiciones, las supersticiones, las creencias exageradas de origen Cátaro y Montanista; a ellos las sectas y herejías más conocidas, como el Molinismo, el Protestantismo y el Tradicionalismo; a ellos el odio de la carne y su pretendida oposición con el espíritu, el desprecio a la naturaleza y a sus leyes, la penitencia corporal y la Inquisición, suicida, y en una palabra, el mixticismo, extravío mental y afectivo a un tiempo; locura religiosa que enerva, deprime e inutiliza al que la padece, y que quita a los pueblos la virilidad, la altivez, el amor al derecho y a la libertad, el patriotismo y... el sentido común, sin darles un átomo más de religión verdadera...

Reflexionando sobre estas verdades, se comprende la desastrosa influencia del fraile, la necesidad de suprimirlo y por qué todos los pueblos hoy florecientes son los que antes los han arrojado de sus dominios, como habremos de hacer nosotros, si queremos ser de nuevo nación europea. El grito de ¡viva la República! no puede sonar solo, sino con éste:

¡Abajo los frailes!

P. Ramiro Casas

Barcelona, agosto 1931.

PASADOS DIEZ AÑOS

(Noticias anticipadas de FRAY LAZO)

27 Agosto 1941

Se habla de un pronto arreglo en el pleito de la Telefónica con su personal, y al efecto se han reanudado las conversaciones entre la Compañía y la representación sindicalista.

Los edificios, por si acaso, continúan, como desde hace diez años, amparados por numerosas parejas de la Guardia Civil.

Esta mañana contrajo matrimonio con una bella señorita venezolana el conocido maestro Lassalle.

Es la veintiuna vez que se casa desde 1931, en que fué establecido el divorcio.

Esta mañana se ha suicidado en su palacio de la Castellana—que años atrás habitó el conde de Romanones—el acaudalado abogado señor Serrano Batanero.

Padecía desde hace dos años reblandecimiento cerebral.

Sintomatología

El gobernador de Valencia, Sr. Rubio, ha hecho pública su disposición a asistir a las procesiones a que se le invite.

No nos sorprende.

El Sr. Rubio fué hasta hace pocos años redactor de *El Debate*.

Los alcaldes de la provincia de Almería han dirigido un telefonema al jefe del Gobierno, preguntándole si es cierto que se ha implantado la República en España.

Nos lo explicamos.

El Gobierno, como los de la monarquía, se dispone a imponer en la próxima elección parcial la candidatura del señor Barcia por aquella provincia.

—Y usted, Martínez Barrios, ¿también usted es impunista?

—¡Hombre!... Yo he defendido siempre en mis propagandas, allá en Sevilla, que hay que castigar lo malo que se haga. Pero ahora, la verdad... Ahora, que uno es ministro, como dice Largo Caballero, ¡cualquiera sabe lo que puede hacer uno!

—¿Marcha usted ya, amigo Madariaga?

—Sí, el 30.

—Vaya, pues que lo pase bien por Washington.

—No... Si no voy a Washington. Voy a distraerme un poco en Ginebra, acompañando, con otros amigos, a Lerroux.

El ex diputado monárquico, actual subsecretario de la Presidencia, hizo el domingo en un mitin profesión de fe católica.

¡Hombre inteligente el subsecretario de la Presidencia!

M. Auriol, traído a España en concepto de técnico para que reconociera nuestra Hacienda, sólo ha podido verla a medias. Porque M. Auriol es tuerto.

(i) No nos referimos al Madariaga clerical, sino al otro, al socialista de los varios sueldos.

MAPA CONVENTUAL DE ESPAÑA

RESIDENCIAS DE FRAILES Y MONJAS EN MADRID

FRAILES Y MONJAS

DOMICILIOS

Dominicos.....	Claudio Coello, 94.
Hermanos de la Doctrina Cristiana.....	San Rafael, 1.
Escolapios de San Antón.....	Hortaleza, 69.
Agustinos.....	Valverde, 17.
Capuchinos.....	Jesús, 1.
Trinitarios.....	Príncipe, 31.
Paúles.....	García de Paredes, 41.
Jesuitas.....	Chamartín,
Jesuitas.....	Zorrilla, 1.
Jesuitas (quemado).....	Flor, 2.
Jesuitas (quemado en parte).....	Alberto Aguilera.
Franciscanos.....	Paseo del Cisne, 12.
Hermanos de la Doctrina Cristiana (quemado).....	Bravo Murillo, 98.
Redentoristas.....	Manuel Silvela, 12.
Redentoristas.....	Plaza Conde de Miranda, 2.
Padres del Corazón de María.....	Toledo, 40.
Frailes de Santo Domingo el Real.....	Claudio Coello, 94.
Escolapios de San Fernando.....	Mesón de Paredes, 82.
Dominicos de Filipinas.....	Pasión, 15.
Capuchinos.....	Leganitos, 58.
Capuchinos Terciarios.....	Plaza de Jesús, 1.
Capuchinos de la Reforma de Santa Rita.....	Carretera de Carabanchel, 1.
Carmelitas Descalzos.....	Plaza de España
Benedictinos.....	San Bernardo, 81.
Misioneros del Sagrado Corazón de María.....	Buen Suceso, 18.
Sociedad Protectora de Niños (Carmelitas).....	Ayala, 27.
Benedictinas.....	San Roque, 14.
Hermanas de la Esperanza.....	San Bernardo, 95.
Convento de las Arrepentidas.....	Hortaleza, 83.
Religiosas Mercedarias.....	Puebla, 20.
Hermanas de la Caridad.....	Jesús, 3.
Religiosas del Corazón de Jesús.....	Caballero de Gracia, 38.
Pascualas.....	Recoletos, 11.
Hermanas del Servicio Doméstico.....	Fuencarral, 113.
Colegio y Convento de Santa Isabel.....	Santa Isabel, 48.
Trinitarias de San Ildefonso.....	Lope de Vega, 18.
Hermanas de la Caridad.....	Arango, 1.
Asilo de la Trinidad (Santísima).....	Trinidad, 8.
Hermanitas de los Pobres.....	Almagro, 1.
Pastoras.....	Santa Engracia, 86.
Siervas de María.....	Plaza de Chamberí, 11, 13, 15.
Esclavas del Sagrado Corazón.....	Martínez Campos, 6.
Salesas Reales.....	Paseo Santa Engracia, 10.
Hijas de Cristo.....	Fernando VI.
Servitas.....	San Leonardo, 7.
Capuchinas.....	Plaza Conde Toreno, 2.
Bernardas Vallecas.....	Isabel la Católica, 6.
Agustinas.....	Santa Engracia, 1.
Colegio de la Paz e Inclusa.....	Embajadores, 45.
Reparadoras del Sagrado Corazón.....	Torija, 10.
Colegio de Santa Isabel.....	Hortaleza, 81.
Misioneras del Sagrado Corazón (quemado).....	Martín de los Heros, 86.
Terciarias del Carmen.....	Plaza de San Francisco, 2.
Mercedarias (quemado).....	Bravo Murillo, 40.
Hijas del Sagrado Corazón.....	Méndez Alvaro, 24.
Magdalenas.....	Hortaleza, 114.
Religiosas de Loreto (Ursulinas).....	Príncipe de Vergara, 24.
Religiosas de Santa Catalina.....	Mesón de Paredes, 39.

(Continuará esta relación en el próximo número)

Los bienes de las Comunidades

Mons parturiens. Como quien hace algo, la República de don Niceto y Miguelito ha dado a luz un decreto en el cual prohíbe a los tiburones eclesiásticos vender sus bienes.

Y eso es el parto de los montes. Porque todo el mundo sabe de sobra que apenas hay comunidad religiosa que no tenga puesto sus bienes a nombre de testafierros.

Nosotros aplaudiremos como eficaz la medida cuando el Gobierno se preocupe de averiguar a nombre de qué personas tienen sus bienes los jesuitas y sus demás hermanos en opulencia.

Ahora bien: el día que el Gobierno se determine a hacer eso, que es lo eficaz para lo otro, ya habrán vendido las Comunidades todos sus bienes.

Las cosas claras, y el chocolate espeso.

HUIDA PLAUSIBLE

—¿De dónde vienes huyendo?

—De la casa paterna.

—¿Y por qué?

—Porque querían llevarme a un convento de jesuitas.

—Ahora lo comprendo: huye, joven, de Málaga; pero sin dar la espalda al enemigo.

COVADONGA

"In illo tēpore", cuando ya los clérigos se habían señoreado de los laicos y de sus bienes, cuando en las cocinas de conventos y abadías se curaban jugosos perniles, y en sus hornos se cocía el sabroso pan candéal, y en sus bodegas se purificaba y hacía generoso el vino, entonces, en las casas de los pobres, no había fuego, ni pan, ni alegría. No había en el mundo Justicia ni Libertad, eso no; pero había un saludable temor al infierno y al clero, eso sí. ¿Cómo sin esto podrían existir aquellos riquísimos conventos y abadías?

Siendo, como es, base económica de perfección cristiana el desinterés, el menosprecio de estos bienes terrenos y caducos, el mundo laico había aprendido a desprenderse de ellos para hacerse digno de alcanzar aquellos otros celestiales, perdurables, eternos, reservados desde aquí para goce inefable del alma bienaventurada. Pero el solo abandono de sus bienes por los buenos laicos, no bastaban. Dios, en su infinita bondad y munificencia, los había destinado al consumo del hombre, su criatura predilecta, sin distinguir entre blancos y negros. Preciso era consumir; porque aquellos bienes abandonados, podían excitar la codicia de los malos laicos, o tentar y peligrar la virtud de los pobres. Lo primero, fuera dar ocasión a un pecado capital; lo segundo, fuera consentir que se perdiera el mérito de la resignación en la pobreza y del dolor del hambre.

Ello exigía una resolución heroica, un sacrificio inmenso; y los clérigos, llenos de pena más negra que sotana; con esfuerzo inaudito, y con religioso celo, condenaron en firme sus cuerpos vírgenes e inocentes, al disfrute y consumición de aquellos mundanos y tentadores bienes, que constituían un serio peligro para el bienestar futuro de esta pobre humanidad.

Pero no bastó; las despensas y graneros se llenaban, las bodegas estaban rebosantes, y fué preciso invertir el exceso en comunas, fincas, censos, etc.; y llegó a su apogeo la amortización de la riqueza como medida de salud pública. Y cuando ya casi toda España estaba amortizada, ¡oh, qué horror!, entonces, Gobiernos revolucionarios, influidos por Satán, implantaron sin respeto ninguno para nuestros carísimos clérigos la infernal medida de la desamortización; y por ella muchos, ¡sacrilegos!, compraron fincas, lo que obligó a la Iglesia a excomulgarles solemnemente, con sincero y profundo dolor de su maternal corazón.

¡Pobre clero español, tan mal comprendido en su sacrificio! Por él había llegado a perder la línea, distinguiéndose del laicismo por su mayor volumen corporal, y había monopolizado la apología, la gota y demás padecimientos que son el patrimonio hereditario que dejan los excesos de riqueza consumida. Pero ya antes de la desamortización no era todo vinos y jamón; pues una parte de la cristiandad, la plebe soez, insumisa y descreída, les daba ligeros disgustillos, sin respeto alguno para sus sagradas personas.

Así, entre los innumerables casos que van formando la historia de la lucha eterna por el Derecho, tomemos uno solo, del famoso "Anónimo de Sahagún". Había en tal pueblo un monasterio que, entre sus muchas riquezas, tenía la exclusiva del aprovechamiento de los montes. Cansado el pueblo de tanta escasez

y envidioso de la riqueza clerical, verificaba furtivas excursiones para proveerse de madera y leñas. Y llegó la cosa a tal grado de áspero rozamiento, que, indignado y amotinado el pueblo contra el clero, decía: "¿Quién diablos donó esto a los monjes? E juramos por los ojos e la sangre de Dios, que si alguno dice alguna cosa, la cabeza le cortamos. No; nos non sufriremos que los monjes o abad glotones coman e beban, e los caballeros del rey mueran de hambre". Y dice el historiador que, mientras duraban estas "tormentas", los monjes no se atrevían a salir del monasterio, y se estaban allí "como ratones metidos en sus cuevas".

Esto sucedía en aquel tiempo, y demuestra, sin género de duda, que la riqueza es cosa tan pesada, y oprime tanto el corazón, que quien la detente, habrá de verse con frecuencia en caso igual al de los monjes de Sahagún.

Por eso, cuando oímos que Covadonga, santuario costado por el Estado y por la piedad nacional, es un territorio exento de la acción reguladora y benéfica del Poder civil y, por tanto, de las Leyes; que allí no hay libertad de industria, ni de comercio, ni aun de pensamiento, porque todo está acaparado y monopolizado; que se expulsa a los modestos y pobres industriales que allí buscan el pan para sus hijos, por medio de un trabajo honesto, si bien en competencia con el monopolio clerical; cuando esto oímos, dudamos estar en territorio de la segunda República española y vivir en el año 1931 después de Jesucristo. Y llegamos a sospechar si no habrá ocurrido nada, y despertaremos ahora de un sueño de siglos, y todo estará igual que en aquellos tiempos de la Edad Media, felices para el clero, cuando el jamón serrano, el trigo candéal, el vino generoso y otras cosas en extremo apetitosas del género femenino, se huían del mundo hacia los penitentes y humildes conventos y abadías.

Si no conociéramos nuestra pequeñez; si no fuéramos una de tantas insignificantes hormigas obreras en el constante y humilde labor por la Justicia y la Libertad en la República, nos atreveríamos a preguntar al Poder Supremo en España, a la Asamblea Constituyente, como depositaria de la Soberanía nacional: ¿En qué siglo vivimos? ¿Esto es sueño o realidad?

Juan del Hoyo

Cangas de Onís agosto de 1931.



El Papa, llamando a la puerta del cielo para consultar lo que debe hacer en los asuntos de España.

La clerocracia y los "Evangelios chicos"

Sin clérigo ni palomar, tendrás limpio tu lugar.

Ni fraile sin barrigas, ni cura sin sobriñas.

Entre santa y santo, pared de cal y canto.

La barba del clérigo, rapada le nace pelo.

Si anda el diablo en el convento, nacen demoníacos presto.

Al mal capellán, mal sacristán.

Virgen que casa con Dios, casa con dos.

El milagro del santo de Pajares, que ardía él y no las pajas.

Mi hija Maritonta, un abad la deja y un fraile la toma.

Frailes y cuclillos, hacen igual en los nidos.

El milagro del fraile: que hace una hija madre.

Dios te libre de cura nuevo y de fraile viejo.

—Entre, padre, si quiere bollo, que mi madre está en el horno.

Fray Lillo



El problema de don Filósofo

Nuestro admirado amigo don Filósofo dijo que sobraban en la Cámara: el tenor, el payaso y el jabalí.

■ primera intervención fué de barítono: la del jueves pasado, de jabalí; la tercera..., ¡oh problema!... Porque ya no le queda más que un hueco libre.

¡Ojo, don José!

Prieto y la Telefónica

En la conferencia—divulgada a escondidas de la dictadura berenguerista—que el actual ministro de Hacienda dió en el Ateneo el 25 de abril de 1930, expuso, según el texto taquigráfico que el mismo autor facilitó, las siguientes noticias y juicios:

...He aquí, a grandes rasgos, el régimen legal anterior que en materia de comunicaciones telefónicas estaba en vigor en España antes de la Dictadura. Las concesiones de líneas, de grupos urbanos y de redes interurbanas las hacía el Estado por treinta y cinco años; a los treinta y cinco años de explotación de la línea, del grupo, de la red, éstos revertían totalmente al Estado, íntegra y gratuitamente. Todo quedaba de propiedad del Estado al cabo de treinta y cinco años de explotación, y luego de haber satisfecho durante ellos el canon que la misma ley imponía a los concesionarios. Las centrales, los postes, los cables, los edificios, todo revertía al Estado gratuitamente. Este era el régimen legal antes de la Dictadura. Es más: tenía el Estado una tendencia, de la que últimamente hizo criterio cerrado, que consistía en no otorgar ya ninguna clase de concesiones telefónicas ni a particulares ni a Corporaciones, por respetables que éstas fuesen. Soy testigo de mayor excepción. Siendo yo diputado provincial en Vizcaya, aquella Corporación puso gran porfía en que se le otorgara una red provincial análoga a la verdaderamente maravillosa que funciona en Guipúzcoa y que es propiedad de la Diputación; y el Estado, aferrado al criterio de que todos estos servicios telefónicos estuviesen directamente en su mano, negó a la Diputación de Vizcaya la concesión solicitada y hubo de transigir aquella Corporación subvencionando una red que había de construir y explotar el Estado. Más aún: la única red urbana que a virtud de reversión se hallaba ya en poder del Estado era la más productiva de toda España: la de Barcelona; tuvo grande y porfiado empeño la Mancomunidad catalana, entidad también pública, en que le fuera adjudicada para incorporarla a su red regional; pero el Estado se negó, resuelto a administrar directamente. Es decir, que el régimen era la concesión por treinta y cinco años, reversible, gratuita y totalmente al Estado, con la tendencia de no otorgar ya a nadie nuevas concesiones. Fué preciso que adviniera un grupo de capitalistas norteamericanos, patrocinados por un embajador, que, tomando el territorio español por una colonia pintoresca, donde se obsequia a los indígenas con abalorios de quincallería, organizar fiestas aquí de "calle jondo", a las que asistían quienes gobernaban con la Corona, para que se realizase la vileza, el atraco que ahora vais a conocer. (Expectación.)

Para esta entidad no hay reversión a ningún plazo. La concesión es a per-

petuidad. Prescindo de la lectura de las cláusulas para sintetizarlas. El Estado no tiene derecho a la reversión. Únicamente cuando hayan transcurrido veinte años desde la concesión, el Estado —¡incauto e ingenuo!—se reserva la facultad de rescatar para sí todas las instalaciones de la titulada Compañía Telefónica Nacional de España; pero no gratuitamente, como determinaba la ley que violó el Directorio militar, sino que si el Estado quiere incautarse de esas instalaciones, ha de reembolsar a la Compañía de todo el capital que, según sus libros (porque el contrato no admite otros testimonios), aparezca como desembolsado; y además, por si fuera poco pagar íntegramente lo que en régimen anterior era absolutamente gratuito, esta Compañía tiene el derecho, del cual, naturalmente, no habrá de prescindir, de que le entreguen, sobre la totalidad del capital desembolsado, un 15 por 100 de interés, y además—esto chorrea indignidad—, ese desembolso, por si la peseta baja, ha de hacerse en oro. (Grandes aplausos.)

Pero ni aun así, señores ateneístas, ni aun entregando a la Compañía Nacional Telefónica de... España, o, por mejor decir, a la International Telegraph and Telegraph, todo el capital que ella dice desembolsado, más el 15 por 100 de interés, más la prima enorme que supondría el pago en oro en estos momentos, casi estabilizada a cerca de 40 pesetas la libra esterlina, ni así se sacudiría este yugo ominoso a que ha sometido al Estado español un grupo de capitalistas norteamericanos. Porque la Compañía Telefónica es la única en España que goza del absurdo privilegio de estar exenta de toda clase de impuestos y tributos del Estado, de la Provincia y del Municipio; de tal manera, que ni aun en territorio foral vasco, donde se concertaron ciertos tributos del Estado, les resulta posible a las Diputaciones y Ayuntamientos gravar a esta Empresa con las tablas de impuestos que rigen para el resto de las entidades industriales y mercantiles. Y, naturalmente, en condiciones tan excepcionales, como ni siquiera se encuentra con la traba del menor tributo, la Compañía Telefónica de España puede libremente inflar su capital, y terrenos comprados por un precio aparecer por otro, multiplicado, en los libros, y edificios cuyo coste fué cuatro, figurar en los libros por seis. Pero, además, como este grupo

industrial y financiero forma una verdadera red, la titulada Compañía Telefónica Nacional se suministra a sí misma gran parte del material por medio de entidades como la Standart y otras que pertenecen al mismo "trust", y ese material, a efectos del rescate del Estado, puede facturarlo sin concurrencia alguna, sin competencia, al precio que se le antoja. (Voces: ¡Claro! ¡Muy bien!) Y si el Estado español quisiera rescatar en esas monstruosas condiciones los servicios telefónicos, que ya estaban cifrados en el año 1928 en cerca de seiscientos millones de pesetas, entregando a Norteamérica poco menos que una provincia española, aún seguiría esclavo de ese "trust", porque la telefonía automática se ha instalado en España a base de aparatos y de sistemas patentados por grupos pertenecientes a ese mismo Sindicato. De manera que seguiríamos siendo tributarios suyos hasta que los derechos de patentes se extinguiesen. Es decir, que lo más delicado del sistema nervioso de un Estado, lo más sensible, que son las comunicaciones, de las cuales en un momento determinado puede depender con su seguridad la vida del Estado mismo, se ha entregado a un Sindicato extranjero en unas condiciones tan onerosas que ni siquiera se podrían explicar con ese cheque de 600.000 dólares de que se habla, y cuyo cobrador seguramente no ha aparecido con su verdadera cara en la ventanilla del Banco. Lo que se hizo fué un latrocinio, un atraco inexplicable. (Aplausos y rumores. El público, en pie, tributa una ovación al orador.)

Señores, a mí no sólo me hiere, cual os herirá a vosotros, esta magna felonía como contribuyente del Estado español. Eso sería poco. Yo soy un socialista (aplausos prolongados), y como tal, internacionalista; pero tengo en mis sentimientos, como todos, por ley natural, una gradación; yo tengo mi afecto primeramente vinculado, con preferencia, en mi familia; después, en mi pueblo; tras él, en mi patria; después, en mi raza, y luego, sí, en la amplitud de mis sentimientos, con mi amor a la Humanidad toda; pero amo con mayor intensidad lo que tengo más cerca de mí lo más apegado a mí, lo que está más unido a mi alma, y por eso, yo, internacionalista, os digo que, ante hechos como los expuestos, siento sonrojo como español. (Muy bien; aplausos.) Sonrojo, sí; porque esta España es una nación pobre, modesta, desventurada, sumida en la desventura por haber vinculado su suerte con exceso al destino de una familia. (Muy bien.) Pero, al fin y al cabo, una nación, y el trato que se nos ha dado y acabamos de ver solamente lo puede soportar una colonia que no ha llegado a los lindes de la civilización. Y yo digo que España, ¡mi España!, no puede tolerar que bávaros, ingleses y yanquis, con sangre real o sin ella, tomen a España por una colonia de negros. (Grandes aplausos.)

CALVICIE

SU CURACION RAPIDA, RACIONAL. Masaje eléctrico e irradiación ultravioleta. Lea folleto INVENTO SENSACIONAL Doctor GEISLER, enviando treinta céntimos para franqueo a

LABORATORIOS G.^a
APARTADO 331. SEVILLA

PRODUCTOS MARISA

EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS SE VENDEN LOS PRODUCTOS MARISA

COLONIAS - ESENCIAS
SALES PARA EL BAÑO
JABONES - POLVOS - FIJADOR

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Nuncio de S. S.—¿Tiendas de objetos para viaje desea usted saber? ¡Pero si estos días está usted constantemente en Peligros! Pues allí.

Señores Saborit y Muño.—Hemos leído su proposición al Ayuntamiento sobre la deuda de la Compañía del Metropolitano con más agrado que un artículo de Araquistain. Pero ya verán ustedes cómo, al cabo, los convencerán y el Ayuntamiento no cobra ese piquillo. ¡Estos jesuitas pueden tanto aún!...

General García Benítez.—Buen viaje, general. ¡Y ahora no se quejará usted! Usted, monárquico de siempre, palatino de toda su vida, defensor de Berenguer cuando el tropiezo de Annual..., y ya ve usted, la República le trata con munificencia, lo mismo que a Julio Casares, que también es monárquico fervoroso y católico de los que comulgan dos veces al mes.

Cámara, diputado (En la Telefónica).—Le felicitamos por el ascenso. ¡Digo, nueve mil pesetas de una vez! Verdad que tampoco todos los días se sale diputado. Pero a ver cuándo se decide usted y dice algo desde el escaño, que hablando sólo en los pasillos no se le oye.

Concejales del Ayuntamiento de Toledo.—¿Que necesitan ustedes dinero y van a hipotecar el teatro Rojas?... ¿Y por qué no hipotecan mejor una iglesia?

Rodríguez de Viguri.—Naturalmente! Después de lo que ha dicho don Niceto, "con la solidaridad de los ministros republicanos", usted puede venir sin tener que temer de la justicia de los jueces. Pero ¡cuidado con la justicia catalana!, porque desde que ha estado Maciá en Madrid la gente empieza a querer catalanizarse un poco.

Gabriel Maura.—No, señor; no nos parece Miguel peor que usted. Nos parecen ustedes hermanos.

Señores Sarrodel y Serrano Anguita.—Muy lamentable como han salido ustedes; pero ¡hay que recordar cómo entraron!

SE DESCUBRE UN COMLOT PARA ATENTAR CONTRA LA VIDA DEL SEÑOR CASARES QUIROGA

Un anarquista ha venido de Barcelona para matar al ministro de Marina, con igual plan que se utilizó para asesinar a Canalejas

Hace aproximadamente una semana llegó a Madrid, procedente de Barcelona, un individuo, al parecer anarquista, que se proponía atentar contra la vida del ministro de Marina, a quien en los medios ácratas se juzga el hombre más inteligente de la situación y en consecuencia el más peligroso para la expansión de aquellas ideas.

Un peón caminero, que tiene su cuartel próximo a Guadalajara, le vio pasar y se apresuró a enviar una esquila, en la que se lo decía, al ministro de Fomento. Al señor Albornoz le faltó tiempo para comunicárselo al señor Casares, quien, a su vez, entró al señor Galarza.

Este reforzó con 247 agentes más la guardia personal del ministro de Marina, y dispuso también que se realizaran rápidas investigaciones.

Estas, naturalmente, han dado el resultado que se apetecía. Se sabe ya que el anarquista está en Madrid. Aunque aún no ha sido detenido para conducirlo a la Dirección de Seguridad y allí convencerle de que debe decirlo todo, se sabe que se llama Ursulino Ciudad Real, es natural de Almodóvar y tiene por oficio el de carniceiro, actualmente sin trabajo, por lo que había pensado tomarse el de asesinar al señor Casares.

Por antecedentes que se conocían de este individuo, unidos a las manifestaciones que hizo otro individuo soñando en voz alta la

Telegrama de Calvo Sotelo

Don Presidente ha recibido este justo y merecido tributo de admiración por su inesperado discurso impunista:

"Leo conmovido su mejor discurso, el incomparable relativo al pleito de las responsabilidades ¡Bravo! ¡Hurra! ¡Hip, hip, hip! Por mi conducto le dan a usted millones de gracias todos mis compañeros de la orgía dictatorial.

Martínez Anido y yo hemos costado una profusa tirada del discurso para repartirla por España y el extranjero.

Nos llena de alegría que su republicanismismo haya dado la razón a don Alfonso cuando decía que todo el pleito de las responsabilidades era un puro camelo.

Le abraza enternecido, en nombre de todos los responsables, que van respirando tranquilos, ¡al fin!—José Curvo Sotelo.



Los galgos de Villabrágima

El domingo por la noche se armó un jaleo regular en el negocio ese de las carreras de galgos que Villabrágima, el chico de Romanones, ha traído a Madrid.

Parece que el público creyó que el juego no era limpio y, en consecuencia, protestó con alguna violencia, suspendiendo el funcionamiento durante más de una hora.

Hasta que, al cabo, se presentó, dispuesta a todo, una sección de guardias de asalto, y el juego siguió.

¡Hay que ver la utilidad de los guardias de asalto, señorito Villabrágima!

BOLSA

Cotización especial de la semana

Hombres públicos	Últimos precios	MOVIMIENTO	
		ALZA	BAJA
Lerroux	A la par	Se mantiene	"
A. Zamora	45'00	"	25'00
Prieto	"	Sin demanda	0'00
Azaña	95'00	"	0'00
L. Caballero	15'00	"	0'25
Maura	3'00	"	0'95
M. Domingo	95'00	"	0'00
Albornoz	"	Sin demanda	0'00
De los Ríos	90'00	"	0'00
Casares Q.	"	Sin demanda	0'00

Socialistas, muy solicitados por ellos mismos.—Progresistas (antes derecha), no hubo demanda.—Radicales, muy fluctuantes.—Radicales socialistas, depreciadísimos.—Unión Nacional, a ningún precio.



SANTORAL Y CULTOS

✠ Santo del día: San Impunismo, virgen, mártir y protector republicano.

Santa de la noche: Santa Juridicidad bendita, abogada de malas causas.

Vela y alumbrado: Por San Impunismo y candelabros en todas las iglesias, capillas y oratorios del Congreso. Por Santa Juridicidad y consorte, en todos los bufetes con acta y enchufes.

Las jaculatorias de San Impunismo correrán (hasta perderse de vista) a cargo del reverendísimo P. Niceto, del camarero secreto de S. S. fray Salazar Alonso, del carmalengo de la República, fray Masa Encefálica, y otros ilustres equilibristas del púlpito.

Quien rece las letanías de San Impunismo y Santa Juridicidad, pensando en Segovia, recibirá cien días de indulgencia de parte de don Alfonso y demás familia.

Fray Lazo

SEMANARIO ANTICLERICAL CORTESEMENTE DESVERGONZADO

EDITORIAL REPÚBLICA. Av. Pi y Margall, 18. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, España 3,50 pts.

Año..... 13 »

Año, Extranjero.. 18 »

SOLICÍTENSE
TARIFAS DE ANUNCIOS



—Mirémoslo por donde lo miremos, nuestro porvenir no está claro.